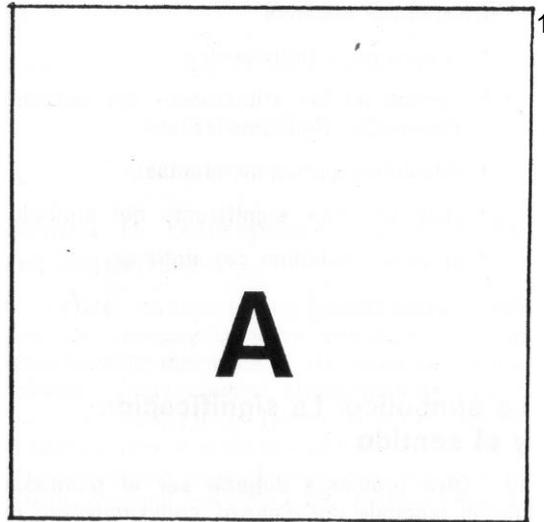


**segunda parte:
sobre el simbolismo. lorenzer**

**objetividad, simbolismo y
constitución de la
personalidad**

josé luis de la mata



SEGUNDA PARTE

A propósito de una crítica de Lorenzer

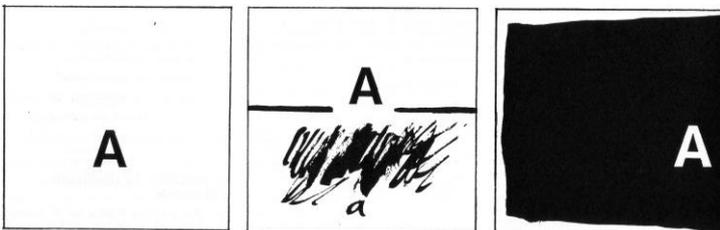
Sobre el simbolismo

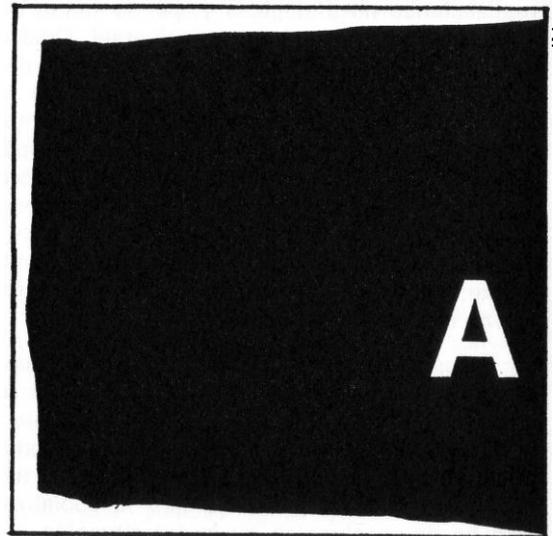
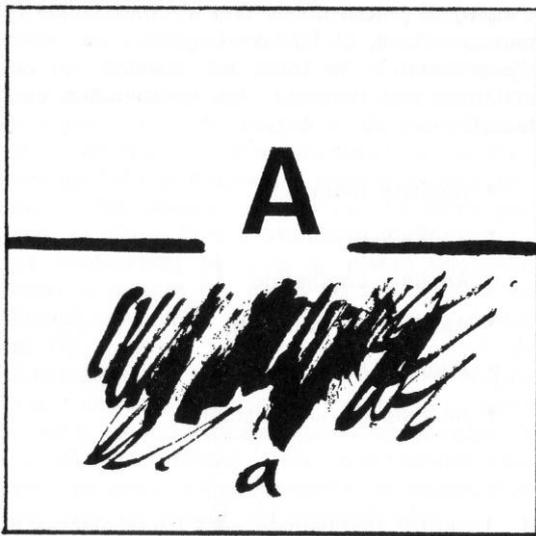
0. Necesariamente, quiero que estas páginas posean el carácter de Guión de una exposición oral, tal y como fueron expuestas. No pretendo introducir, por el momento, ninguna modificación de redacción. Quiero que posean el valor provisional de un emplazamiento a la exposición abierta de mis posiciones. Pero, en último término, la manifestación a una llamada de colaboración de todos aquellos que, de una u otra manera, están siguiendo mi trabajo. A que lo asuman, en la misma medida en que se comprometan con él. Se trata, pues, de una exposición de posiciones desprendidas de mi trabajo, en ocasión de la necesidad de considerar una aportación como la de Lorenzer. Una posición en la que se pretende conjugar el psicoanálisis con una posición marxista no dogmática. En todo caso, mi intento quiere ponerse a cuenta de plantear mis propias reflexiones, desde el marco teórico del materialismo dialéctico, en su aplicación a la psicología.

Simbolismo y constitución del sujeto

1. El intento de Lorenzer hay que situarlo en el marco teórico que él nos indica: establecer «las bases de una teoría materialista de la socialización» o, lo que es lo mismo, encontrar la fundamentación de las formas arcaicas que adopta la interacción. Estas formas de interacción se construyen en la dialéctica de los procesos concretos de la socialización. En esa perspectiva, las estructuras subjetivas no se producen al margen de los procesos objetivos de constitución. Desde ahí es desde donde debemos entender las opciones que propone Lorenzer:

- teoría de la socialización/Teoría de la interacción histórica





- el psicoanálisis como una «operación de lenguaje» (Lacan)
- encontrar las estructuras de la interacción disturbada. Pero con un elemento fundamental: tales estructuras se manifiestan en los procesos del intercambio simbólico
- análisis crítico: descubrir en las formas de la actividad simbólica, las pautas arcaicas de la interacción

.../...

Sistema, conducta y contexto

2. Hay, pues, una serie de problemas que afectan al tema de la «organización». Por su puesto, en las nuevas formas que adopta el positivismo contemporáneo (en las formulaciones, por ejemplo, de una nueva modalidad de neoconductismo) se encuentran también referencias al tema de la organización. Para mí (y tengo que apresurarme a exponerlo) la organización no es, sin más, la que exhibe una situación **actual** cualquiera. Para mí, la organización se pone a cuenta de la estructura que «manifiesta» tanto el sistema de la situación o contexto como el sistema de las conductas, alcanzando incluso a la propia interacción entre tales sistemas. La conducta «es» en un contexto, es asimismo función de contextos. Pero tanto la conducta como los propios contextos son posibles desde la «estabilidad» **conservada** de sistemas que **no son** la conducta o la situación, sino que **se manifiestan** en tales conductas o en tales situaciones. Esto es lo que plantea, en mi pensamiento, la necesidad de recurrir a las formas de organización que, en su acción, **se conservan**. En ese sentido, hay una interdependencia real entre las situaciones y las conductas que provocan o reciben pero recordando que existe una independencia relativa de los sistemas que dan cuenta de las conductas y de las situaciones, respectivamente.

Psicoanálisis y simbolismo

3. El tema del simbolismo en el psicoanálisis.

Habría que plantearse una serie muy limitada de preguntas acerca de ese simbolismo. La caracterización estricta de la producción simbólica, por referencia a la naturaleza de los procesos primarios o secundarios. El carácter universal o no de los símbolos (lo que conlleva la pregunta por la universalidad misma del Incons., por su ahistoricidad, etc., etc.). Es decir, una primera caracterización del símbolo, en cuanto que producto del Incons., tal y como es posible plantear la existencia de éste, a través de los procesos primarios, nos lleva a considerar que el símbolo, en sí mismo, es universal, salvo que en sus «presentaciones» adopta las formas concretas que manifiestan las resoluciones individuales de los conflictos filogenéticos fundamentales. Yo diría, para precisar más la idea expuesta: la organización misma del símbolo es universal y la variabilidad afecta exclusivamente a sus contenidos de experiencia. Esto es, cuando se persigue al símbolo se le busca en la manifestación de su estructura organizativa constante y, por lo tanto, en la función económica y de relacionalidad con las que manifiesta la «solución» individual (= ontogenética) de un conflicto universal. Pero las «formas» mismas del conflicto y las propias «soluciones» funcionales están dadas de antemano, es lo que no puede solucionarse o transformarse previamente.

4. Cambian las experiencias, las situaciones concretas en las que produce su emergencia el conflicto. Pero no éste. En la alternancia del drama fundamental del edipo se expresa toda la evolución filogenética que señala definitivamente el «porvenir» de la especie.

Crítica

5. Entonces, desde esa perspectiva organizativa (o, a lo más, sociologista) no es posible superar la contradicción. O se admiten de entrada las meta-hipótesis del psicoanálisis y no se superan las dificultades que nos plantea el carácter universal del Incons. y del simbolismo. O se procura el paso a un orden diferente, al orden de lo histórico, en donde el Incons. y el conflicto pueden llegar a adoptar

realizaciones no biológicas y, por lo tanto, de validez «general», aunque no universal. Quiero decir: aceptar de partida la hipótesis misma del Incons., precisamente como explicación de la organización que se conserva y, por lo tanto, como matriz estructural productora de la organización de las conductas, sólo es posible desde una comprensión histórica del desarrollo y no desde una visión evolucionista de la maduración. Lo que, por supuesto, arroja, igualmente, nuevas consideraciones sobre la naturaleza misma del conflicto.

6. Pienso, en concreto, que la estructura del conflicto varía necesariamente de cultura a cultura, de sociedad a sociedad, de matriz histórico-económica a matriz histórico-económica. Con un núcleo, sin embargo, con un núcleo constante: el problema que la socialización ha de resolver en cualquier situación social, la «independencia» (relativa) personal del socializando. Es decir, con una concepción de universalidad del Incons., las conclusiones afectan a la universalidad del conflicto y, consecuentemente, a la de la trama simbólica. Ello representa el valor «primitivo» (= «primario») del símbolo, sin alcanzar a comprender la dialéctica objetivo-subjetiva que se manifiesta en la producción simbólica.

7. Lorenzer no formula claramente estas consideraciones. Únicamente afirma la necesidad de pasar de un orden de comprensión a otro, es decir, afirma exclusivamente la necesidad de pasar a la consideración del carácter social del lenguaje. Repito, sin embargo, que la única razón que puede justificar la intervención epistemológica del materialismo dialéctico (y preferio esta formulación conceptual del marxismo) es precisamente abandonar el plano de la maduración evolucionista en beneficio del desarrollo contradictorio de lo histórico. Así, la referencia queda perfectamente definida, con obvias ventajas para el tema de la definición epistemológica del propio objeto de la psicología.

Un cambio de perspectivas

8. El cambio de perspectiva, por supuesto, obliga a reconsiderar todo el tema del simbolismo, en la línea

- matrices individuales productoras del símbolo
- dependencia de la matriz social
- relaciones del símbolo con el lenguaje
- distinción entre «significado» y «sentido», en la estructura y funciones mismas del símbolo

.../...

Pero, también, obliga a una estricta referencia del psicoanálisis a su matriz epistemológica interna. No se puede, sin más, pasar conceptos de un orden a otro. Como no se puede, por ideologismo, «unir» (por yuxtaposición

simple) el psicoanálisis con el «marxismo» (y, mucho menos, el famoso engendro del «freudomarxismo»). Se trata, en realidad, de dos sistemas que requieren las operaciones epistemológicas de la crítica.

- Análisis biológico
- Análisis histórico
- Análisis lingüístico
- Análisis del conflicto
- Análisis de la vivencia
- Análisis de la situación

.../...

9. Lorenzer (exposición de T.) nos plantea diversos problemas: el problema de la dimensión sintomática del símbolo, el problema de la significación de los procesos lingüísticos, el problema de la interacción en la comunicación. Pienso exactamente que no los articula, de acuerdo con las exigencias de un modelo estructural. En ese sentido, la misma confusión en torno al problema del valor o la economía pulsional, nos sigue emplazando a las confusiones de un híbrido teórico que no resuelve ninguna de las contradicciones que abordan, en la medida en que la simple yuxtaposición de conceptos no resuelve las necesidades efectivas de un área referencial específica.

10. Entre las aportaciones, se sitúa la que nos emplaza a considerar el modelo comunicacional, precisamente como estructura de interacción. En último término, se nos sitúa ante el tema de los nexos del simbolismo y la significación, por un sujeto y en una situación de interacción. Se recurre a Balkanyi que considera la necesidad de enfrentarse al tema del lenguaje, desde la apertura de una psicol. de grupo. Esto es, el lenguaje como «parte» de la realidad en la que nos situamos, es decir, como aquello que nos «encuadra» en la realidad social. De esa manera, el lenguaje en el niño como un proceso de transacción, puesto que sólo a condición de «ser entrado» en el lenguaje es como puede realizarse. De ahí, según Balkanyi, dos dimensiones del lenguaje:

- lenguaje como «juego» (función socializadora)
- lenguaje como instrumento de producción.

11. Desde esa perspectiva, Lorenzer va a situar el psicoanálisis como un proceso de «entendimiento» por el lenguaje. Lo que se nos plantea es saber exactamente qué significa «acercamiento al sujeto, por la comunicación a través de símbolos». ¿Es lo mismo un signo que un símbolo? ¿Qué relaciones, qué diferencias hay entre ellos?

- valores del símbolo
- dimensiones universales y singulares del símbolo

- aspectos sociales
- dimensiones individuales
- sentido de las «funciones» del autismo, alucinación fantasmalización
- relaciones percepción-fantasía
- ¿hay un valor signifiante del símbolo?
- el valor simbólico del síntoma

.../...

Lo simbólico: La significación y el sentido

12. Otro problema debería ser el planteado por el lenguaje del esquizo, como universo de la metáfora. Comprender entonces qué sentido tiene la afirmación de que el esquizo, como todo otro «alienado», realice la simbolización de su conflicto. ¿Fractura del sentido o irrupción del sentido? ¿Fractura del significado «otro» e irrupción del sentido? Pienso que no se puede prescindir de los significantes (Stes.) en la medida en que vehiculan las formaciones y las relaciones «objetivas». El problema se plantea en la naturaleza de las relaciones Ste./Sdo. (Significado) y en cómo la fractura de la barra (/) consiente la irrupción de un «sentido», del que la primera dimensión sería la ausencia de normativización (— normalización) referencial. «Casa», pronuncio ya sin esperanzas de que el sentido irrumpa. Y, de pronto, llega como una revelación la ruptura de la convención: inaudible, acaso, en un grito, en otras ocasiones, «¡Muerte!»... Lo objetivo, ¿puede darse al margen de lo simbólico, en los procesos concretos de la interacción? Lo objetivo traduce una estructura prevaleciente de significación. Pero lo simbólico es la emergencia de una estructura prevaleciente de donación de **«significación-sentido»**.

13. Pienso que en la posición de Lorenzer se desliza una falsa oposición: la de considerar dos órdenes efectivamente separados el del Ste. y el del símbolo. Por tanto, se trataría de dos órdenes de «lenguaje» cuyos valores oposicionales se pondrían en la ya larga lista de oposiciones:

- información/conación (= control)
- contenido/relación
- organización/interacción
- interpretación
- digitalización/analogización

.../...

de las que el modelo paradigmático sería el de Ste./Sdo. ¿Qué valor tiene la «barra»? Sobre todo, si se plantean las necesidades de correspondencia entre los dos planos de la comunicación y la metacomunicación, las oposiciones anteriores bastaría expresarlas en la fórmula Ste./Sdo.//Ste./Sdo.' ¿Es «separado-

ra» la barra en todas las ocasiones anteriores y aún en Significación/Simbolización? Yo entiendo que no hay tal separación, de manera que la barra tendrá, para mí, un valor «indicador», el carácter **interplanar** del lenguaje.

Contra la concepción «privatizada» del simbolismo

14. ¿Qué «traducción» es posible entre el lenguaje de un esquizo y su interpretante? Una consideración mecánica de las relaciones, como órdenes diferenciados absolutamente, entre Ste./Sdo.//Ste./Sdo.' (entre el orden de la «significación» y el de la «simbolización») agota necesariamente el problema. Por principio, no habría ninguna relación. De manera que la «privatización» del lenguaje neurótico o esquizo habría que considerarla como una regresión al orden «primitivo» del símbolo y del símbolo en sus valores menos elaborados (= el síntoma). La comunicación se convertiría entonces en una situación de conflicto renovado. ¿Entonces...? ¿Recurrir a una «gramática» universal del símbolo?

15. Es absolutamente necesario distinguir entre «fractura de la significación» y «fractura del sentido». Acaso, la forma extrema de una situación alienada es el lenguaje que «se» habla en el individuo: todas las formas de pureza de lengua que se manifiestan en el tópico, en el diccionario. Auténticamente, se trata del «habla del otro» que «se» habla en el individuo. Si se quiere, sería la forma pura de la significación (si no mediaran los valores de la ideología, el ejercicio práctico del poder y sus objetivos de explotación/opresión). Auténticamente, la significación se realiza en el «sentido», como la lengua se realiza en el habla. En todo caso, intervenir el campo de los símbolos sólo puede ser interpretar la estructura concreta, individual, histórica, de donación del sentido.

16. Por supuesto, hay regresiones del lenguaje que son manifestaciones, más o menos graves, de «privatización» del lenguaje: pero esa privatización es la misma manifestación de pérdida de la eficacia social del lenguaje (contra las posiciones utopistas que ven en la «locura» el gran momento de la liberación). Estoy de acuerdo con Lorenzer en que la estructura del habla de un sujeto remite a las condiciones de las relaciones arcaicas, en las que se desarrolló el proceso de socialización. Que, por ello mismo, esas condiciones son las mismas en las que se constituyen las matrices de atribución de sentido de un sujeto. Pero a condición de no olvidar que no hay constitución subjetiva sin correspondencia objetiva y que la «atribución de sentido» es imposible sin la base de atribución de significación, puesto que, en último término, hay una co-fundación entre significación y sentido (por lo menos, en las condiciones concretas de manifestación de una «lengua» que son las de la materialización de un «habla», con las determinantes de clase, grupo, institución, poder, economía, política, ideología...).

17. Si, como en último término pretende Lorenzer, el símbolo traduce las formas arcaicas de los procesos primitivos de interacción, no me niego a aceptarlo, siempre que se considere que ese símbolo no sólo expresa la resonancia afectiva de tales procesos de relación, sino también la naturaleza misma de esa relación y las formas «habladas» (=valoradas, pues, es decir, funcionales, ideológicas, afectivas, conflictivas ya...) de la misma «significación». A lo que me niego es a aceptar a un símbolo concebido desde la economía pulsional (?) o desde una presunta psicología de un Incons. biologizado y, por lo tanto ahistórico. Si por «valor simbólico» se pretende concebir el valor metaforizante que «representa» la relación fundamental y sus resonancias afectivas, yo estoy necesariamente en desacuerdo. Una cosa es buscar las características de los procesos genéticos, en los que la red de simbolización se constituye y otra pretender que esa simbolización sirva a las únicas funciones de expresar la relación o el «lugar» que en la situación interactiva ocupaba el sujeto.

Lo simbólico: Materialización expresiva (e interactiva) de la significación

18. En la línea de lo anterior, no es válida la posición de querer resolver en la dimensión metafórica toda la eficacia simbólica. Como tampoco lo es la posición que pretende que toda la eficacia «metaforizante» se agote en la ilusoriedad de representación de esa relación primitiva. Ni el símbolo es pura metáfora ni ésta es pura ilusión. Lo es cuando, a su vez, «metaforizamos» y decimos del lenguaje esquizo que es una pura metáfora. Hay metáforas que se realizan sobre la trasgresión del Sdo. convencional, pero hay metáforas que se realizan sobre la transformación organizativa de un material significativo. Pueden realizarse metáforas sobre el material de la percepción o, por el contrario, realizarla con material exclusivamente procedente de la fantasía. Pero lo ilusorio del proceso debe ponerse a cuenta de los índices «téticos» (= índices de realidad o ficción) que acompañan tal realización.

19. ¿Afecta lo simbólico exclusivamente al plano de la relación y, más precisamente, afecta al orden de las escenas primitivas y de las imágenes primitivas? Mi afirmación de principio es la de que no hay realización de la significación que no sea una realización simbólica. Esto es, lo simbólico es, para mí, la realización misma del «habla» (distinción de Saussure entre «lengua» y «habla»). La significación, la relación al referente es siempre una relación valorada, con índices de pertenencia y pertinencia referencial, ideológica, afectiva, colectiva, individual, personal... La constelación de connotación que rodea al denotado es la realización misma concreta de ese denotado (otra cosa puede «intentarse» en el lenguaje científico, donde la persecución de un puro denotado es una meta permanente, nunca conseguida efectivamente). En esa medida, simbolizar es realizar la significación en los planos instrumentales, productivos, afectivos,

relacionales... conductuales, en una palabra.

Hacia una nueva concepción del análisis: Espacio dramático y conflicto

20. En esa línea, está claro que no podemos aceptar, sino en un sentido metafórico, la afirmación de que todo el proceso psicoanalítico (desde una posición marxista) consista en un proceso de: a) interpretación de las palabras-símbolo y b) de la «traducción» de esa interpretación resultante al plano de la relación. Es decir, en último término se trataría de una «comprensión escénica» de los valores simbólicos hallados. ¿Qué quiere decir esto? Lorenzer, sin apercibirse, de nuevo se interna por las vías de la universalidad del Incons. En esa perspectiva, por supuesto que se tratará de encontrar las imágenes arcaicas. Lo que habría que decir, por el contrario, es que toda la técnica debe ponerse a cuenta de la necesidad de construir ese espacio dramático en el que desarrollamos toda la capacidad «presentativa» del símbolo, para dar con esas fracturas de los significados, a través de las cuales se «re-presenta» el texto del conflicto ocultado. Actuar «simbólicamente» es pretender esa ruptura que favorezca el emergente del «sentido», sus rasgos esenciales, su organización, su constitución. Si se pretende, de otra manera, plantear en materialismo histórico el tema de la constitución del sujeto, de las génesis de las formas que adopta su interacción, su valoración del mundo, su «vivido» del conflicto, es plantear las bases de una psicología de la conducta significativa que no es comprensible sino desde una psicología de la interacción y, por lo tanto, como algo que no es absolutamente explicable, desde el solo plano de la psicología.

21. De esa manera, cambia radicalmente nuestra comprensión:

- buscar en las realizaciones del habla (= buscar simbólicamente) el invariante relativo de la estructura de la lengua (constitución subjetiva, entendida como matriz organizadora de objetividad histórica, concreta, social, personal...)
- delimitar en las organizaciones simbólicas del sujeto las dimensiones significadas del sentido
- obtener desde esas organizaciones la estructura de interacción fundamental. Buscar los procesos de su constitución, de su «internalización». Trazar el «itinerario» biográfico de emergencia de ese sujeto. Orientar así las «escenas básicas»
- disponer la escena donde el deseo pueda «realizar» su texto, aunque, por su puesto, no sea sino el espacio imaginario donde el sujeto pueda investir su fantasmalización

.../...

Según esto, ¿qué quiere decir Lorenzer, cuando se refiere a «comprensión escénica», qué relaciones median entre «deseos» y «necesidad»? Lorenzer va a disponer toda una serie de elementos, mediante los cuales intenta ordenar toda su concepción de «fractura del sentido». La secuencia que hace del psicoanálisis un proceso de hermenéutica que concluye en unas técnicas terapéuticas son los siguientes:

- el concepto de análisis de los símbolos como las vías que conducen al descubrimiento de los modelos arcaicos de la interacción
- estas normas de interacción se articulan y ordenan en torno a las escenas e imágenes arcaicas
- modelos de interacción que favorecen la privatización del lenguaje
- procesos de privatización del lenguaje
- conflictos relacionales que se ocultan al sujeto
- transformación de la interacción

.../...

Dimensiones de nuestra «operación» dramática

22. Dimensiones: comprensión de la traducción «material» de la vivencia. La palabra, el significado como la moneda del intercambio social. Analizar críticamente la estructura de esa moneda de intercambio social que es la significación materializada. Comprender entonces la «traducción» es comprender el proceso concreto de la simbolización: el sujeto, desde los recursos de una «lengua», encuentra las transacciones de la realización concreta que se ejerce en el «habla». Para comprender todos esos procesos, mediante los cuales reconstruimos una biografía concreta, histórica, de persona-en-situación, debemos analizar la organización simbólica como organización del «sentido». Pero hay que comprender en qué perspectiva dialéctica tomamos todos estos elementos:

- organización del sentido sobre la base de la significación
- cómo se ha conseguido ese modelo de organización que se manifiesta como «estilo»
- qué formas organizadas de interacción determina.

Hay, pues, desde el comienzo, que realizar un esfuerzo de conceptualización que determine la correcta ubicación del problema.

- valor «simbólico» del mensaje

- distinción entre los planos de la significación y del sentido
- valor interactivo (estructura de la relación)
- valor de control

.../...

Lengua y personalidad

23. Transformación del concepto de psicología evolutiva, desde el momento en que el lenguaje entra en su marco. Como he dicho anteriormente, se trata de pasar a una psicología del desarrollo. Constitución, pues, del sistema «sujeto» y de la estructura que da cuenta de él. Lo que plantea que esa estructura tenga que ser comprendida, fundamentalmente, desde los valores de «relación». Dos aspectos, por lo tanto, del lenguaje: como «conformador», pero también como instrumental. De esa manera, lo que se busca es la estructura que dé cuenta del valor expresivo-accional del lenguaje. Con lo que se plantea un sistema de planos, con los valores interdependientes

- modelo de acción
- estructura cognitiva
- sistema de las pautas de interacción

.../...

Se trata, de alguna forma, de encontrar la dimensión «poética» de la palabra, precisamente como lo que puede posibilitar el acceso a la manifestación del conflicto.

- Análisis de las funciones referenciales
- estructura de las necesidades
- relación situacional
- modelo comunicativo principal
- red fantástica del deseo (su formulación en las llamadas «imágenes primitivas»)
- conducta significativa en un contexto

.../...

24. Modelo que dé cuenta de los procesos de constitución de sentido por un sujeto concreto. Dimensión productiva de esa conducta, a partir de lo cual es posible hablar del valor formador e instrumental del lenguaje y concebir a éste como producto social e histórico que se realiza en las conductas concretas. Ahí debe situarse también la crítica a Lacan. Comprender la estructura de la realidad humana como realidad simbólica (por tanto, en los planos de los signos, los valores, las reglas, la organización, las normas y el control...). En el lugar de las cosas, están las «palabras» (= los objetos, los signos, los símbolos, los productos, las mercancías...). En sí mismo,

lo real posee una dimensión «cósica» (= desnaturalización que produce la acción humana). Lo real es así, por lo tanto, incognoscible, opaco, irreductible. Conocemos lo que significamos y/o simbolizamos. Sólo desde esa dimensión cabe hablar de los lenguajes como procesos y fenómenos transaccionales. Con lo que, frente a todo intento sutil de confusión (como el que el propio Lacan intenta), hay que comprender que «desarrollarse» (= constituirse subjetivamente) es insertarse: a partir de la organización que posibilita e imprime el lenguaje se alcanza la materialidad que permite el lenguaje. De esta forma, y como ya he indicado, el lenguaje es

- un medio
- un formador
- un relacionante
- un instrumento de producción

.../...

25. En la medida en que el lenguaje es el realizador de la acción, es también el ámbito posibilitador de la acción. Por lo tanto, un fundamental medio socializador. La posibilitación de la acción es la «incorporación» de la «gramaticalidad», como la dimensión estructurante fundamental de la maduración funcional del sujeto (la raíz misma de su constitución). En esa línea, habría que interpretar la operación fundamental del psicoanálisis, como búsqueda de la constitucionalidad del sujeto y su conflicto (valdría más decir «en» su conflicto), por el intermedio de la interpretación de su palabra (= de todos los medios actuados, para realizar su sentido). De ahí el triple plano de la búsqueda:

- del signo (valores referenciales u orga-nizativo-cognitivos)
- del símbolo (valores afectivos o expresivo-constitutivos)
- de la relación (interactivos)

.../...

Sistema, referencia y constitución

26. Los valores, pues, sintomáticos (expresivos) y referenciales (significativos) se interrelacionan en el proceso de simbolización. La significación, por sí sola, no es un elemento que realice la palabra (la acción). El sentido alude a la totalización concreta de la práctica cómo se realiza en los procesos concretos de la interacción. En todo caso, aludir a los procesos de simbolización representa la práctica que realiza la significación, en las formas concretas y complejas de construcción del sentido (significación más experiencia, más valoración, más ideología, más motivación, más...)

SIMBOLIZACIÓN significación / interacción SENTIDO

En esa medida también, la conducta, en la totalidad de sus manifestaciones, en un Ste. del que hemos de partir, para descubrir la economía misma del sentido y su densidad biográfica, individual, social, ideológica, personal... ¿Por qué la atribución regulada y ordenada de Sdos. a Stes. es, a la vez, el proceso de constitución subjetiva? Hay la mediación de los procesos de interacción, que ya producen la densidad social (= económica, política, ideológica) del signo mismo.

Producción poética del sentido: La conducta significante

27. La operación psicoanalítica, pues, consiste en deslindar el «sentido» de los Sdos. y descubrir la eficacia exacta de su función en la interacción. En esa medida, todo es significativo en la conducta, en la medida en que todo es portador y realizador de sentido. El problema, por tanto, consiste en las reglas que permiten descubrir la organización de esa atribución de sentido y en qué condiciones. Quiero decir, no hay significado que no esté mediado socialmente y que no se realice prácticamente. El individuo es auténticamente el eslabón último de la cadena de realización. En la medida en que la significación es la forma de cambio de las conductas, de sus valores, de su normativización/normalización, todo el problema debería ponerse a cambio de la capacidad real del sujeto de realizarse (= manifestarse, producirse) a través de «su» lengua, es decir, de su palabra. El componente poético sería esa realización, pues, del Sdo., es decir, el «sentido» mismo.

28. Llegar a conocer el lenguaje del sujeto es conocer su estilo. Reconocer el sentido es realizar la operación (nunca concluida) de comprensión de la atribución de connotaciones a la denotación. No hay ninguna realidad aislada: todo se interrelaciona entre sí. No existe, sino idealmente, un plano de la significación pura. Hay un recubrimiento ideológico, práctico, productivo de todo elemento de la «realidad». A eso remite la reconstrucción interpretativa de la constelación de factores que dan «sentido» a la significación. ¿Es válida, entonces, la siguiente relación?:

- Signo (Ste./Sdo.) = lenguaje socializado = mensaje.
- Símbolo = lenguaje «privado» = metamensaje = connotación/relación del material significado.

Creo que es, precisamente, en este punto en el que se producen las mayores dificultades. Porque existe una visión muy estática del problema del denotado, de lo que haya de ser la denotación referencial, de lo que pueda en-

tenderse como «social» o «privado». No existe denotado al margen de operaciones referenciales concretas (desde el signo más simple al mito más complejo). «Objetivo» es el efecto (el producto) de procesos prácticos (= productivos) concretos. La significación que de «casa» dé la definición circulante entre los hablantes castellanos no es otra cosa que mantener la estabilización de la barra que vincula la materia organizada «casa» con la definición «normalizada» de lo que llamamos su «significación». Por supuesto, la convencionalidad (relativa) del Ste. «casa» tiene una correspondencia en la «representación» normativizada de la significación «casa». Quiere decir que esta definición posee, a su vez, la «convencionalidad» de los valores económicos, ideológicos, políticos que la propia circulación social de la significación «casa» posee. No se puede pretender una circulación «neutra» de la significación. Desde esa perspectiva, el Signo es ya un producto social de intercambio objetivo (con influencia ideológica, política, etcétera).

Connotación y sentido

29. La operación simbólica «reduplica» ese valor connotativo. De una parte se puede referir a las matrices colectivas de su contextualización histórica concreta. De otra parte, indica los índices individuales de la realización personal concreta. El significado «casa» remite a valores de connotación como pueden ser «familia», «hogar»... El «sentido» «casa» son mis propias experiencias, las vivencias afectivas... que pretendo vehicular en la construcción de la frase, de la expresión. Las valoraciones pueden encontrar el artificio de la metáfora, la construcción que pueda revelarlas (no siempre, en la medida en que en lo vivido hay siempre como un «más» irreductible al material de la significación). En esa medida, ya no es sólo el valor ideológico, es el valor que posee para mí, tal y como intento expresarlo, a partir de materiales arcaicos, de imágenes, de resonancias. «Casa» es entonces mi padre, un patio, unos objetos, un juego. La magdalena de Proust le hace recuperar el tiempo perdido. Imaginemos que el artificio del poeta hubiera sido otro. Entonces el proceso hubiera sido otro: Ste. «Casa» al que responde, en el plano del sentido, y no ya del puro Sdo., «magdalena».

30. Consideremos un lenguaje semejante. «Un horizonte de perros ladra, cerca del río.» Busquemos el Ste., por ejemplo. Por un momento nos quedamos sorprendidos. No sabemos qué es lo que se nos pregunta. «Casa» nos formula una vez: «madalena», se responde. ¿Dónde, sin embargo, está el Ste. del verso anterior? Podemos suponer que la frase presenta varios Stes.: «horizonte», «perros», «río»... Pero el sentido del verso mismo se ha perdido. La sumación de Stes. nos da algo muy distinto de esa plasticidad figurada que el poeta nos presenta. Pensamos mejor: acaso sólo nos quiera dar el valor de «lejanía», de «horizonte». Eso es, se trata del Ste. de «leja-

nía». Pero, en último término, la significación es la noche que borra las dimensiones visuales del horizonte y que presentifica a éste a partir del recurso a un referente sonoro: los ladridos de los perros, que marcan la lejanía. El Ste. existe y no existe. Existe, si lo consideramos como emergiendo de la totalidad organizada del verso. Si lo consideramos referido al plano del «denotado connotado», es decir, si lo ponemos en relación al «sentido» que brota de la interacción de los Sdos. realizados.

Análisis comunicacional del sentido

31. Este tipo de lenguaje lo aceptamos, en la medida en que lo consideramos resultante de una técnica determinada, adscrito a una funcionalidad específica, inserto en un contexto determinado. Cambiemos la onda. Jackson nos relata el saludo de la joven esquizofrénica: «¡Hola! Mi madre me trajo y ahora estoy aquí.» ¿Dónde está el Ste.? ¿El que expresa la totalidad de una información que se nos trasmite como «saludo»? Podemos creerlo así, porque parece que el material-mensaje no tiene índices de deterioro: un saludo excesivo, parece, pero nada más. Podemos trabajar con dos orientaciones: reconstruimos el Sdo. presentado; buscamos, además, el sentido. Podemos considerar que se trata de una forma de habla que se agota en su funcionalidad referencial directa. O bien, pensar que esa construcción referencial se realiza de acuerdo con una técnica de metaforización. Buscamos la «economía» funcional del mensaje: establecer el contacto. No basta sólo con ello. La joven nos metacomunica sobre su presentación: nos da de sí una imagen determinada, nos propone una relación. Expresa otras relaciones... «¡Hola! Mi madre me trajo y ahora estoy aquí.» Función de mensaje. Denotación. Connotación. Interacción...

32. ¿Qué análisis podemos hacer de un mensaje como el anterior? (propongo un análisis diferente al realizado por Jackson.) «¡Hola! Mi madre me trajo y ahora estoy aquí.»

PRESENTACIÓN: Relación de contacto

SUBORDINACIÓN: La acción tiene un agente principal, «mi madre»

REDUNDANCIA: El Ste. se resuelve en su misma presentación

.../...

Podemos considerar que se la ha traído a la fuerza. O simplemente, que ha venido acompañada. El Sdo. puede resultar obvio: el mensaje se agota en sus funciones de contacto. Pero es necesario reconstruir el sentido: buscar la relación que se nos propone y, con ella, la imagen que se pretende dar. Podemos prescindir de esas dimensiones. Sin embargo, si a la presentación (en asociación libre) «Casa» le sigue, como respuesta, «tarde», ya entonces no podemos aceptar que el asunto

sea tan simple. ¿Dónde está el Ste. anterior? Pero, en «casa». ¿Dónde está el Ste.? Pensamos resolver la dificultad: por supuesto, el Ste. es «casa», pero considerado sólo como «estímulo» es cómo podremos llegar a comprender «tarde», como respuesta asociada. Sin embargo, no se resuelve la dificultad: ¿dónde está el Ste. determinado que permite que el «sentido» se deslice hacia «tarde»?

33. ¿Cómo interpretar todo lo anterior?

PRESENTACIÓN:

Yo hoy hija

Yo dependo de mi madre

Yo soy a causa de mi madre

ORGANIZADOR:

Mi madre me ha traído

Mi madre me ha puesto en esta situación

Mi madre «me tuvo», pero ahora me tiene que traer «aquí»

.../...

¿Qué presentación hace de sí, de su madre, de la situación? ¿Dónde están los Stes. de «aquí», de «madre», de «yo»? Me encuentro ante la necesidad de reconstruir el Ste., porque es necesario desprender los valores del sentido. El Sdo. es entonces la manifestación de las concreciones vividas, actuadas... de la joven en los procesos que la han conducido hasta «aquí».

Mi madre «me tuvo», pero a pesar de todo, no puedo evitar llevarme hasta esta situación...

Mi madre, a pesar de todo, asumió su maternidad de mí...

Yo, a pesar de eso, he llegado a esta situación

.../...

34. Como vemos, las dificultades de reconstruir el sentido se inician desde la misma presentación. Sin embargo, tratamos con un material donde la «privatización» significante es mínima, apenas la que exige la propia necesidad de construir la denotación. El problema se produce con la «fractura de la significación»: aceptamos que «casa» pueda llevar asociada «magdalena». Invirtamos el problema: Defíneme «casa». Respuesta, «magdalena». Hemos perdido el material referencial «significado»: alucinación, confusión de planos... ¡qué sé yo! Sin embargo, en última instancia el problema es de relaciones. Si la joven pretende definir la relación al presentarse, metafórica tal presentación: «Hola. Soy o fui hija de soltera. Eso produjo problemas a mi madre. No supo resolverlos en su relación conmigo. Todo

se ha ido complicando y desde el primer momento he sido la principal fuente de sus problemas. Hasta ahora mismo que, ya ve, me tiene que traer a Vd. (psiquiatra).» Sólo que aquí, la «barra» Ste./Sdo. tiene la estabilidad que proporciona una normalización de la circulación del significado. Por el contrario, en la definición (con la exigencia, pues, de una conducta determinada) de «casa» se produce una ruptura total de esa estabilidad. La barra / salta hecha pedazos y el sentido lo inunda todo, más allá de su necesaria normativización por el circular normalizado de la significación.

35. «¡Mira, mira cómo me baño!» El etnólogo mira asombrado al río: un castor desaparece entre las aguas. «Pero, ¡tú estás aquí!» El primitivo tratará de explicar. Al final calla, ofendido por la ignorancia del extranjero. «El (es decir, su identidad de clan) se está bañando. Y es una ofensa intolerable que a uno se le ignore tan groseramente.» ¿Desdoblamiento? No, presentación del referente en el plano mítico al que corresponde la circulación significante social. De esa manera, podemos hablar de esa operación primera en la que consiste la interpretación: se parte de la realización significativa para alcanzar el plano de la construcción del sentido. En todo caso (y esto es fundamental) toda «desviación» de los Sdos. respecto a sus Stes. normalizados es el punto de arranque de la operación hermenéutica del analista.

Objetividad, significación y expresión

36. ¿En qué consiste, según lo anterior, entonces la «fractura de la significación»? Pienso que la operación de «sentido» no puede realizarse sino desde el tratamiento de un material significado. Con las regulaciones que ello implica. Toda apertura al sentido, por otra parte, es siempre la apertura de la posibilidad patológica del lenguaje. O su propia realización «poética». El escritor produce el espacio mágico de la irrupción de lo simbólico, donde el material se organiza en la intencionalidad a un plano referencial expresivo. El escritor quiere hablar de sí, desde el lenguaje que comparte, pero con un lenguaje que debe someter a las necesidades de la expresión. Simbolizar es la operación por la que se produce la palabra, en la alternancia dialéctica de la significación/sentido. En esa medida, el símbolo expresa la individualidad y la «objetividad» se constituye en el vehículo mismo de intercambio de la afectividad. Cuando analizamos el habla, buscamos precisamente esa inundación del sentido. Buscamos reconstruir desde ese sentido el conflicto. Buscamos desde las significaciones la presentificación de un material arcaico. Pero material arcaico que remite a las experiencias vividas y a las situaciones originarias de la interacción.

37. Buscar la «significación» (= sentido) de los símbolos es ordenar la interpretación desde los valores de intercambio hasta la realización personal del material de la interacción concreta. Esto es, reconstruir esa relación sig-

nificación/sentido que es la manifestación de la palabra. Ahí ya los equilibrios realizados entre percepción/fantasía, afectividad/relación, motivación/situación, etc., etc. Por lo tanto,

- relación Ste./sentido
- pautas de la interacción:
 - 1.º organización de la información
 - 2.º definición de la relación
 - 3.º puntaje de la secuencia de hechos

Desde aquí ya ordenamos las operaciones de la interpretación:

- a) Sdos. y símbolos son formas de la interacción.
- b) La transferencia, en la sesión analítica, permitirá «dramatizar» la relación fundamental y su orientación básica.
- c) La dramatización tiene como «texto» la relación real, con sus valores «re-presentativos» y afectivos, lo que define el núcleo invariante (= predominante) de organización de la interacción. Con lo que
 - la situación analítica es la constitución dinámica del espacio dramático
 - donde el texto implícito expone la situación que permitirá descubrir el valor de sentido del texto encubierto.

El espacio dramático de la interpretación

38. En la búsqueda de las operaciones interpretativas lo que facilitamos es un «espacio escénico» privilegiado, donde se puede «jugar» (= mimar) lo que se produce conflictivamente en el contexto y las situaciones de la interacción habitual. A partir de la consecución de ese espacio, las palabras «descubiertas» son o manifiestan la estructura oculta que produce el sentido y, en consecuencia, las que ordenan y regulan la interacción. Y al contrario.

- establecimiento del texto Sdo.
- reconstrucción del texto arcano
- producción de la acción simbólica
- pautas de interacción, imágenes profundas del afecto, formas de la fantasía, juegos de la expresión.

39. Entre esas operaciones tiene una función importante la que se refiere a la necesidad de disolver la formulación cosificada. Por ejemplo, las neurosis presentan el ámbito del discurso en una restricción estereotipada que apenas si permite la formulación del sentido. El estilo tiene como rasgo general la restricción de las funciones Stes. El tópico y el lugar común como formas que agotan la dinámica

metaforizante. La barra se mantiene con una fijeza que establece la correspondencia más estricta entre los valores convencionales de la relación Ste./Sdo. en la circulación de la significación. Buscamos la acción que permita correr la barra /. Es decir, el recurso a la dramatización es el recurso a la búsqueda del espacio donde el texto Ste. permita la irrupción del sentido que, en último término, dé cuenta de los valores Sdos. y su función en los procesos efectivos de la interacción constitutiva del conflicto. Lo «escénico», pues, permite devolver todo su rango a la acción, como vía de búsqueda del Ste. que permitirá la emergencia de la constelación de connotaciones, constitutivas del sentido. Combatimos contra la «alienación» de un discurso que, en su opacidad, sólo ofrece el Ste. y los Sdos. de la mercancía de circulación de la significación. Adquiere, consecuentemente, un valor nuevo el concepto de cliché que Lorenzer pretende seguir utilizando en una perspectiva ortodoxa psicoanalítica (pero, por lo mismo, no dialéctica. Es decir, con un procedimiento que se limita a la yuxtaposición psicoanálisis-marxismo. Lorenzer ni cuestiona la técnica de la asociación ni se pregunta realmente por la dinámica interna de realización dialéctica de la objetividad).

Análisis crítico del simbolismo

40. Para Lorenzer, el cliché es un representante estructurado no simbolizado o bien una estructura inconsciente no simbolizada. Es decir, el valor de las operaciones de simbolización se pone a cuenta de su consciencia. En último término, los representantes estructurados del Inconsc. no son, en sí mismos, simbolizables en la medida en que no serían compatibles con los valores Sdos. de la significación. Los representantes inconscientes son índices que proceden de los procesos de constitución del individuo, lo que les hace irreductibles a la significación. No, por el contrario, a la simbolización. Al contrario, salvo los clichés, todo otro indicante inconsciente puede aparecer en la medida en que se simbolice.

41. Pienso que es necesario despejar toda una serie de equívocos que aparecen sobre el tema. Repito que, para mí, muchos de esos equívocos aparecen porque se da una yuxtaposición muy poco elaborada entre conceptos procedentes del marxismo y otros procedentes del psicoanálisis. Algunos equívocos se han mencionado ya, especialmente a los que afectan a la consideración del carácter biológico del Inconsc. Otros se pondrían sobre la concepción y las distinciones entre procesos primarios y procesos secundarios, el problema de las imágenes y escenas arcaicas, el tema de la desimbolización, etc. Hay un elemento sobre el que considero que es muy importante precisar: el carácter de la vivencia.

42. No considero, como ya he venido indicando, que la distinción entre posibles procesos primarios y procesos secundarios tenga que ponerse a cuenta de la simbolización, como propia de los primeros, y de la significa-

ción, como realización de los segundos. El símbolo no es nunca ni un fenómeno absolutamente universal y colectivo o individual y privado. El equilibrio entre valores de significación y de sentido da el nivel específico de pertenencia del símbolo. Una organización simbólica en la que predominen los valores expresivos tiene o se instala en un plano de privatización, tanto más cuanto menos apoyo posea sobre un material referencial significativo. Un mensaje en el que la función denotativa se acentúe sobre todas las otras funciones, posee una economía intersubjetiva superior, en la medida en que puede servir de base a distintos procesos subjetivos de connotación. Una organización en la que el material perceptivo sea mínimo, en la que las funciones afectivas, motivacionales sean predominantes acentúa su carácter de producción individual. La cuantía de un material fantástico, apenas contrapesado por factores procedentes de la percepción, determina no el valor «simbólico» como tal del mensaje, sino el carácter mismo del mensaje.

Vivencia y simbolización

43. La vivencia es el acontecimiento psicológico por excelencia. Factores imaginativos, perceptivos, emocionales, afectivos, motivacionales... infectan esa vivencia. El sujeto se da en ella con la densidad apenas mediada de su contacto inmediato. Apenas si tiene que recurrir a factores significativos, pues se «habla» directamente en las resonancias que se producen. Sólo en la medida en que está obligado a «tomar distancias» de su propio sentimiento, de situarse «objetivamente», sólo en esa medida se ve obligado a recurrir más y más a un material intersubjetivo de significación. La dificultad estriba precisamente en la necesidad de «salir de sí», de dirigirse a los demás, de comunicar con ellos, de expresar su «mundo interno». En la vivencia, siempre hay un núcleo irreductible a la significación, un núcleo que no puede ser traducido con los habituales medios de construcción significativa del sentido. «Yo lo siento así»: pero no puede decirse exactamente cómo se siente, qué se siente. Una imagen procedente de la fantasía, la escenificación imaginativa de una experiencia que nos abrumó en un tiempo pasado, posee unos rasgos emocionales que no soportan la emoción racionalizadora inmediata. Puedo trabajar sobre el material perceptivo, imaginativo y aún fantástico de la vivencia, pero lo hago en las condiciones de unas limitaciones que impiden que toda la densidad vivencial pueda ser reconstruida referencial, semánticamente. De un acontecimiento traumático, lejano en el tiempo, apenas si conservo una imagen desvaída, a menudo fantasmalizada, recorrida toda ella por valores de afecto, prohibición, negación, inhibición, etc. No es posible trasladarla en su totalidad a la forma del material significativo: se rebela por la naturaleza de uno y otro procedimiento. La vivencia es un «todavía» más acá de la simbolización, en algunos aspectos, como en otros, es todavía un más allá.

44. Formaciones con tan poco contrapeso perceptivo como las del sueño o las imágenes fantásticas del deseo son formas simbólicas, por supuesto. Pero también lo son las que proceden de elaboraciones comunicativas superiormente normalizadas. Las clases de símbolo tendrán que establecerse a partir de una delimitación estricta de los planos de referencia, consecuentemente por la predominancia de un material determinado y, en último término, por la función determinante que realicen las organizaciones concretas de la producción.

45. La situación, en relación a mis necesidades, a mi historia, a mis afectos, la relación que pretendo mantener, lo que espero de la acción... ¿todo ello es el «sentido» que la situación presenta para mí? ¿Cómo manifestar todo esto? No puedo disponer sino de un material de convencionalización (= la lengua hablada, por ejemplo) con el que tengo que comunicar ese sentido. Puedo representar la organización que me hago de la situación, mi lugar en ella, lo que me propongo con mi acción, lo que espero... Sin embargo, la vivencia misma de todo esto, sus valores emocionales, lo que se va a desprender para mi propia estimación, etc., etc., posee siempre un algo de irreductible que no puede ser nunca enteramente traducido. Me acercaré, por medio de diversos recursos, a ese óptimo. Pero nunca lo conseguiré del todo. ¿Cómo significar esa oscura imagen que me atormenta? Percibo que hay un sentido último en lo que hago y digo que sólo se manifiesta como «vivido», que no logro apresar objetivamente, que no logro comunicar en términos significativos. Acaso esa oscura imagen que no consigo fijar definitivamente sea el símbolo privado de mis conflictos. Pero no es nada que se distinga perfectamente de otras muchas manifestaciones de mi expresión.

46. No niego que existan símbolos privados, cuyo sentido sea necesario reconstruir en las condiciones más penosas. Pero ello no se opone a la existencia de símbolos compartidos, no como fórmulas excepcionales de la significación, sino como la manifestación concreta y constante de la comunicación. Que lo simbólico sea el vehículo que funde lo expresivo sintomático con lo significativo referencial no es sino la manifestación más exacta de lo que vengo diciendo.

Simbolismo y acción

47. De lo anterior puede también comprenderse que la palabra remita a los procesos de base de la acción y se prolongue en la acción. De ahí, igualmente, el valor escénico, su eficacia dramática, de la palabra. En su origen están experiencias que muchas veces sólo conservan una validez emocional. Palabras que hay que llevar, a través de la dramatización de la acción, a su recubrimiento significativo, precisamente como reconstrucción significativa del sentido que poseen para nosotros. De ahí también que todo el lenguaje descansa, en última instancia, sobre la interacción. En ese caso, lo que bus-

camos, al reconstruir la palabra de un sujeto, son las estructuras de base que lo constituyen, los procesos relacionales en los que se produjo su constitución, las condiciones históricamente determinadas que han dado lugar a su personalidad. Buscamos las vivencias, buscamos liberar sus fuerzas, los procedimientos de la expresión. En esa línea, la psicología que pretendemos no puede ser una psicología del comportamiento, sino una psicología de la conducta y de la conducta significativa-expresiva. Es decir, una psicología de la interacción, como ya he dicho anteriormente.

Reconstrucción interpretativa del conflicto

48. La operación psicoanalítica, desde estos supuestos, tendrá que cambiar su orientación. En primer lugar, desde el establecimiento del marco referencial, con las modalidades de organización del material significativo (plano del Ste. total, correspondencia con el plano de los Sdos. totalizados), se trata de desprender el sentido que corresponde a la valoración total del sujeto, como sujeto histórico, como sujeto-en-situación. Partir de ahí, en segundo lugar, para alcanzar el material que manifiesta y expresa el conflicto. Obtenido el núcleo vivido del conflicto es necesario elaborarlo, es decir, operar su transformación hacia la organización significada. La tercera fase, una vez conseguido que el sujeto elabore el conflicto, es necesario que el sujeto elabore las vías de resolución (positivas o negativas) de ese conflicto. Pero lo esencial, a mi modo de ver, consiste en alcanzar ese núcleo del conflicto (en el que se expresa el conflicto) de modo que pueda ser elaborado, desde el plano mismo del Ste., su sentido y su significación.

Conducta, simbolización y personalidad

49. Analizar, pues, la estructura de la conducta, precisamente en tanto que **conducta significativa**, supone dar cuenta de los procesos de simbolización como procesos constitutivos de realización concreta e individual de la significación. Lo que supone dar cuenta de la estructura relacional de producción objetiva, en la que se realiza la propia subjetividad. En definitiva, dar cuenta de las modalidades básicas de la interacción, de forma que acción, significación y simbolización no son sino los parámetros de constitución-manifestación de un sujeto concreto que interviene en una situación histórica determinada. Cambia también así toda la conceptualización tópica de la «escena», en el sentido que nos la presenta el psicoanálisis clásico (tanto en las vertientes de la hermenéutica como de la reconstrucción terapéutica, propiamente dicha). Por lo mismo, la inversión que produce la búsqueda de los procesos de génesis, constitución y sedimentación de las formas funda-

mentales de la interacción, se constituye en una línea de investigación psicosocial que se abre a las dimensiones de la historia. Por lo tanto:

- escena, no como núcleo invariante de un conflicto de carácter universal, búsqueda de la vivencia que marca el producto de los procesos que constituyeron el conflicto histórico y concreto.
- escena como espacio concreto de la interacción.
- escena, como marco histórico concreto en el que reproduzcan las manifestaciones de los lenguajes que se analizan (leyes, normalizaciones de acción, esquemas de asimilación y valoración), hasta alcanzar el sentido de la palabra.
- escena, donde el deseo alcanza toda la dimensión de su irrealidad, con el proceso de reconstrucción de las prácticas que determinaron la frustración del ascenso (del deseo) a la necesidad. Valores exactos de las leyes de la interacción primitiva.

.../...

El problema va a consistir en el valor que demos a esas «formaciones arcaicas». O bien las comprendemos como manifestaciones de un simbolismo universal (= de unos «procesos primarios» sometidos exclusivamente a las leyes universales de producción de un Inconsc. biologizado) o bien las comprendemos como la cristalización de experiencias/vivencias conflictivas, no elaboradas o insuficientemente «normalizadas» por los procesos de realización referencial significativa. Hay fracturas del Sdo. que se traducen en correspondientes fracturas del sentido y al contrario. Pero aquí conviene ya que realice una serie de precisiones superiores. Para ello, voy a considerar la presentación de material en la obra. «El lenguaje destruido y la reconstrucción psicoanalítica» que presenta Lorenzer y en cuya obra entiendo que las aportaciones de este autor tanto las positivas como las negativas, permiten una síntesis superior.

Concepción psicoanalítica del símbolo

50. a. lo concibe como «señal» o «síntoma mnémico», en el marco de una psicología de modelo epistemológico interno de carácter «fisiológico».
- b. desde el momento en que se pretende desbordar ese estricto modelo explicativo del fenómeno psicopatológico se llega al valor «significado» por el síntoma, con lo que el símbolo pasa a poseer un valor individual.
- c. la interpretación de los sueños (y, con ellos, el simbolismo en general) arri-

ba a la conclusión de que se trata de la existencia de una instancia psíquica (el Inconsc.) que posee su propio repertorio de signos, con valor constante y universal. No se necesita la subjetividad, sino que los símbolos inconscientes son independientes de los individuos y de las características concretas de la cultura.

En correspondencia, los procesos básicos del psiquismo quedan adscritos a dos grandes clases: los procesos primarios (cuyo rendimiento, en último término, es el del orden de lo simbólico) y los procesos secundarios (cuya producción es del orden de lo racional y consciente o, si se quiere, de la significación). En ese sentido, sólo lo reprimido, lo rechazado por la instancia consciente necesita de manifestación simbólica. En último término, durante mucho tiempo el psicoanálisis se preocuparía por el problema de levantar el repertorio fundamental de los símbolos (con una proyección hermenéutica universalista y, por lo tanto, ahistórica y biologizante).

Crítica de la concepción psicoanalítica del simbolismo

51. Lorenzer indica cómo la reacción contra esa concepción (lo simbólico como excluido de los procesos de elaboración del Yo) se manifiesta en la medida en que se considera al símbolo como expresión ejemplar de las operaciones racionales. Tanto las corrientes de filosofía que proceden del análisis lógico como las principales orientaciones de la psicología evolutiva, llegan a la conclusión de que el orden simbólico no sólo es la propiedad determinante de la sociabilidad humana, sino que, además, ese orden responde, tanto colectiva como individualmente, a regulaciones de carácter histórico. No se trata ya de que se tenga que mostrar el hilo de continuidad que se da en las producciones simbólicas colectivas y personales, sino también que no existe separación entre lo que Freud pretendía considerar como del orden de lo Inc. (procesos primarios) o del Yo (procesos secundarios): entre ambos no sólo se da una relación de continuidad, sino que no es posible establecer con tan estricta nitidez dos planos estrictos de manifestación.

52. Investigaciones como las que llevan al descubrimiento de las geometrías no euclídeas, comprensión de los modelos plásticos artísticos, los trabajos del Círculo lingüístico de Moscú, el desarrollo de la Semiología, los trabajos fundamentales de Vigotsky, Piaget, etcétera, etc., llevan todos a la conclusión de que «la simbolización no sólo es el acto esencial de la mente» (Vigotsky), sino que es la manifestación de los procesos complejos de la constitución misma de esa «mente». Como he investigado yo mismo en el plano de la intencionalidad, las estructuras subjetivas son posibles en la medida en que se realizan las estructuras objetivas. Más, que entre unas y otras lo que se instala es la relación, de

forma que tiene que hablarse de estructuras únicas bipolares o **estructuras objetivo/subjetivas**.

53. Susan K. Langer intenta clarificar la unidad de las formaciones simbólicas, justificando su diferenciación: hay organizaciones simbólicas «discursivas» como organizaciones que pertenecen al simbolismo articulado del lenguaje (distinción que en la lingüística estructural alcanzará su justificación superior con la «doble articulación» de Martinet y la distinción entre fonemas, monemas y semantemas), como hay organizaciones simbólicas «presentativas» (organizaciones más cerca de los afectos, dirá S. K. Langer, pero que podría clarificarse mejor esta distinción recurriendo a las clasificaciones del signo en un autor tan poco sospechoso como es Ch. S. Peirce). Es decir, lo que nos interesa es dejar bien claro que la unidad de la personalidad del sujeto se corresponde con la unidad, diferenciado, por supuesto, de las producciones de ese sujeto. Podemos afirmar que hay clases de símbolos, pero que esas clases son producidas por las modalidades de la práctica simbólica tal y como vienen exigidas por la distinta naturaleza del material «tratado» y por la diferenciación de técnicas que impone la diferenciación de ese material.

54. Esta última precisión mía me parece de valor muy alto, para desarrollar, como hará Lorenzer, las cuestiones que planteaba una inversión tan radical del problema del símbolo. Por supuesto, la primera pregunta que habría que hacerse atendería al tema central del psicoanálisis, es decir, a si una variación tan profunda en la concepción sobre el símbolo no tendrá que corresponderle una inversión similar en el tema del mismo Inconsciente. Personalmente, pienso que sí. Pero, en todo caso, ese es un tema específico que sólo podrá ser resuelto una vez que se despejen los interrogantes que existen sobre los problemas que venimos tocando. De suerte que, con diferencias respecto al contenido, estoy de acuerdo con Lorenzer en que, rechazada la posición ortodoxa psicoanalítica sobre el símbolo, los temas que se tienen que abordar pueden establecerse así:

1. carácter de las formaciones simbólicas
2. material y procesos de tratamiento simbólico
3. procesos de organización simbólicos
4. la reestructuración simbólica.

Contra el inconsciente freudiano

55. El orden de preguntas que Lorenzer se plantea pienso que es necesario invertirlo. Pero, además, y en la medida en que postergamos el tema mismo de la existencia y naturaleza del Inconsc., es necesario decidirse sobre la existencia o no de formaciones inconscientes. Además, es necesario distinguir en este punto entre lo que podemos llamar

estructuras neuróticas de conducta y sus producciones, por una parte, y todo ese sistema de productos u organizaciones en los que se considera, habitualmente, que son dominantes los índices de manifestación inconsciente, por otra. En efecto, en esa escala discontinua que va desde el síntoma al sueño, pasando por el lapsus y el chiste, se manifiesta un «Inconsc.», concebido precisamente como «haz de representaciones o contenidos reprimidos y rechazados». Obviamente (y por más provisional que yo pretenda esta presentación) no basta con esa pobre caracterización. Lo que es necesario es clarificar qué se entiende por tales «representaciones» o «contenidos», «reprimidos y rechazados» y, por supuesto, qué es lo que reprime, qué lo que rechaza. Por otra parte, y aunque sea a título provisional, o el Inconsc. se concibe como un «reservorio» de «tendencias» orientables u orientadas, rechazables o rechazadas, pero básicamente como «reservorio de tendencias» (= pulsiones, etcétera).

56. Lorenzer plantea la dificultad que estriba entre aceptar «un centro unitario formador de símbolos» (el Yo) y la oposición entre contenidos inconscientes y conscientes. Supuesta, por otra parte, esa oposición, hay que dar cuenta de las necesarias conexiones entre el símbolo y lo reprimido o lo rechazado, entre el símbolo y la regresión, entre el símbolo y los procesos inconscientes. Como vemos la cuestión que planteo en (55.) es central: ¿hay, efectivamente, «representaciones» o «contenidos» rechazables o rechazados o se trata exclusivamente de «tendencias»? Pero ¿de qué clase de tendencias, especialmente cuando se afirma que el simbolismo que llamamos «neurótico» es determinado universalmente por un acontecer inconsciente? No es inútil, pues, la necesidad de diferenciar entre «tendencia» (¿es ese «acontecer inconsciente»?) y «representación» o «contenido»

Nuevas consideraciones sobre el inconsciente

57. En mi concepto, el Inconsc. es una estructura de base, históricamente precipitada. Su origen se plantea desde la necesidad de la relación y con las características que ésta adopta, de acuerdo con los modelos predominantes de interacción, ejercidos primitivamente (desde el momento mismo del nacimiento del niño, pero ya antes, desde las conductas predominantes de la madre, en sus ritmos biológicos, alimenticios, etc.) por los agentes socializadores. Pienso que se trata de pautas de interacción que han producido esquemas de orientación, selección, organización, valoración en las dimensiones activa, expresiva, cognitiva, práctica afectiva, etcétera. Pienso que un esquema de acción puede ser tan «inconsciente» como una pauta de valoración afectiva. Es decir, si se quisiera suponer que el núcleo fundador último del Inconsc. es el sistema de energías que se resuelven en necesidad y deseo, yo sólo po-

dría aceptarlo en tanto que núcleo de complementación relacional y (primitivamente) altamente indeterminado. Esa relacionalidad debe ser orientada, debe ser (relativamente) determinada: el movimiento alcanza el plano de la acción en la medida en que esa relación en la que consiste el sistema abierto (que es todo organismo) se resuelve en la disposición de ese conjunto de técnicas históricas de simbolización (que hacen del primer organismo un «sujeto»).

58. Esto es, la revolución más importante que sufre el psicoanálisis en toda su trayectoria es la que hace que la vaga noción de «tendencia» quede superada por el concepto científico de «relación de objeto» (Fairbairn). La emoción, el afecto alcanzan entonces ese cumplimiento superior que es el que da valor a la obra de Wallon (= estructuras relacionales de la emoción que cumplen el pasaje que va «del acto al pensamiento»). Es decir, esa estructura relacional es estructura «intencional» (en el sentido «objetivador»). Lo que indica que desde los más simples elementos de esquemas de acción (con toda su densidad «subjetiva», es decir, de construcción objetivo-subjetiva que poseen) pueden ponerse legítimamente a cuenta de las estructuras «inconscientes» (= profundas, de base...) que fundan la subjetividad. Lo que me lleva a decir no sólo que el Inconsc. es un producto histórico, sino que está estructurado y que lo está por la acción simbolizadora primitiva de los agentes socializadores y de los modelos primitivos realizados en la interacción.

59. Sin embargo, el problema se pondría no en esta concepción de Inconsc. Es decir, el problema aparece cuando se trata de un Inconsc. como reserva y núcleo de proyección de tendencias que no pueden convertirse en «realizaciones «objetivas» de relaciones de objeto», en tendencias que no son compatibles ni con las regulaciones del Yo ni con las normativizaciones del Ideal del Yo (el llamado «super-Yo»). El Inconsc. que «se simboliza» en las realizaciones alucinatorias del sueño, en el síntoma, en el lapsus, etc., etc. No puedo insistir demasiado en este punto precisamente porque es el que requiere de un estudio específico. Sí quiero referirme a todas esas «representaciones», «contenidos» que se suponen en la base de los procesos de simbolización inconsciente. Procesos que tendrán sus correspondencias en las «escenas e imágenes primitivas» (y universales, añado yo, J. L. de la Mata) y que alcanzarán su conceptualización ortodoxa psicoanalítica como realizaciones del deseo.

La consistencia histórica del inconsciente

60. En otros trabajos me he referido a la necesidad de establecer una rigurosa distinción entre fantasía, imaginación y percepción y sus productos correspondientes. Por otra parte, es necesario distinguir entre procesos alucinatorios y procesos perceptivo/objetivos. Conse-

cuentemente, también es necesario distinguir entre lo que puede ser la realización fantasmática, alucinatoria del deseo (con toda la carga mágica y animista del pensamiento) y la realización neurótica del deseo o la necesidad. Son distinciones que si no se tienen en cuenta pervierten el análisis. Por lo mismo, es necesario distinguir entre la vivencia, la imagen, la «escena», la significación, la expresión y el complejo proceso de la simbolización. Si a valores afectivo-emocionales, expresivos, de valoración emocional o afectiva se les pretende llamar «factores inconscientes», como producidos por la represión o frustración de su manifestación, no tengo nada en contra. Si por «imágenes» arcaicas, por «escenas» primitivas, queremos referirnos a experiencias/vivencias que se han producido en el curso del desarrollo y constitución de la personalidad, en la caracterización de la naturaleza de la relación predominante en la interacción, en la contradicción entre valores aceptados y contradicciones con las situaciones presentadas, estoy entonces de acuerdo en esta otra caracterización del Inconsc.

61. El conflicto desencadenado a partir de la aceptación de unos valores que securizan mi self, que lo afirman a éste, y la contradicción con una situación, cuya experiencia vivida no se ajusta a la valoración que imponen esas normas, es un conflicto cuya gravedad dependerá de la jerarquización de esos valores, de su grado efectivo de «implantación» en mí, su área de influencia, etc. Que haya de convertirme en intolerable el enfrentamiento con situaciones similares, que racionalice (pero que no elimine el componente afectivo de mi vivencia...) esa evitación..., no quiere decir, en efecto, que esa frustración, esa represión no fueren vías indirectas de manifestación y presentificación. Desde la alucinación de la necesidad (con su consiguiente fantasmalización) hasta la fantasmalización del percepto, existen suficientes pruebas que indican la efectividad de esas situaciones. Pero las «tendencias» así concebidas pierden el valor universal que se les pretende dar, cuando se concibe al Inconsc. como el reservorio de tendencias (= pulsiones) innatas y «modelizadas» biológicamente.

62. Es decir, pienso que hay realizaciones imaginarias, fantasmáticas, sintomáticas de tendencias reprimidas y rechazadas, pero entiendo estas «tendencias» como frustraciones, como experiencias vividas reprimidas de afectos, deseos, necesidades, contravalores, valores individualmente no eficaces. Esas vivencias y experiencias frustradas, prohibidas, reprimidas (o componentes de ellas) pueden aparecer, en las formas de organización desequilibradas de la fantasía, la alucinación, el sueño, etc., etc. Otra cosa, repito, es el tema de la estructura neurótica de conducta (ver mi trabajo sobre «Comunicación y neurosis»). Por supuesto, tienen que ver, pero aquí me estoy refiriendo más a los productos «inconscientes» que no se constituyen como el estilo básico de un sujeto, sino como las manifestaciones «normales» del Inconsc. en el conjunto de conductas habituales de los sujetos.

Para una teoría dialéctica del simbolismo

63. Otra de las preguntas planteadas alude a la «determinación universal de un simbolismo neurótico que es producido por un acontecer inconsciente» (ver 55.). En este mismo trabajo he manifestado mi oposición a esa pregunta «determinación universal», yo quisiera que se me hiciera ver dónde quedan o se encuentran muchos de los cuadros psicopatológicos descritos hace apenas 50 años (en Freud mismo podemos ver lo ocurrido con Ana O. o con Dora). Si pienso que estructuras de conducta neurótica poseen rasgos generales que conectan con problemas, situaciones de frustración, valores... de la matriz histórico-ideológica de una sociedad y una cultura concreta. Pienso, en ese sentido, que los invariantes que encontramos como núcleos de manifestación de una conducta neurótica son invariantes sólo relativos, por más que el período de «vigencia» de tales núcleos pueda ser relativamente amplio (y quiero recordar aquí la diversidad de medidas temporales entre el orden social, el personal y aún el psicológico). Si se atiende a los ritmos de vigencia de las escalas de valor, información, lenguajes, ideologías sociales, se comprenderá cuántas limitaciones tiene esa «determinación universal».

64. Pero, entonces ¿qué relación se da entre «contenidos», «tendencias», procesos inconscientes y simbolización? ¿Qué relación cabe exponer entre represión y regresión? Para mí, el proceso de simbolización es siempre una práctica contradictoria de realización organizativa, en donde lo que se juega es siempre una relación de equilibrio entre

- denotación y connotación
- objetivación y contextualización
- significación y expresión
- contacto y relación

.../...

La expresión sirve a los valores manifestativos del sujeto. Valores que deben ser ejercidos en la interacción. Valores que van a determinar la naturaleza y la orientación entre los sujetos que interactúan. Pero la expresión o es el puro grito o el puro silencio o necesariamente debe realizarse sobre un material y unos medios que no son expresivos (es decir, que no le pertenecen exclusivamente al individuo, que no lo realizan absolutamente, que no son «sintomáticos»), sino que son significativos (es decir, convencionales, sociales, intersubjetivos, independientes). Esquemáticamente, podríamos representarlo como un conjunto de procesos que concluyen en la simbolización:

Acción

Vivencia

...

Formulación**Expresión****SIMBOLIZACIÓN****Acción**

65. Pienso que hay motivaciones, afecciones... que le son desconocidos al sujeto. Pienso que hay elementos de experiencia, de vivencia que, además, le son prohibidos formular(se) al sujeto. Reprimir, cuando hay valores que obstruyen el desarrollo maduro del sujeto, situaciones que contradicen toda la escala de valores del sujeto, relaciones que infantilizan al sujeto, puede tener como efecto la regresión. O quedamos fijados en un momento dado del desarrollo, con esas técnicas restrictivas y constrictivas que expresan nuestra conducta simbólica, comunicativa, activa, o regresamos, cuando el conflicto eleva la tasa de ansiedad y las posibilidades de nuestra resolución, al punto de que toda nuestra seguridad queda comprometida. Si la simbolización es, en todo momento, la manifestación de ese equilibrio inestable y contradictorio entre expresión y significación, la represión, la regresión inclinará la simbolización hacia manifestaciones cada vez más y más alejadas del punto «normal» de ese equilibrio, hasta concluir en esos extremos que son el síntoma corporal, la alucinación, el silencio...

66. Una simbolización en la que primen los valores expresivos puede dar lugar a la metáfora que es el poema, la metáfora de ciertos discursos psicóticos o bien al síntoma (en el que, todavía, hay una cierta referencia significativa, aunque mínima) o bien al silencio. Una simbolización que recaiga hacia formulaciones significativas no equilibradas puede dar lugar a ese lenguaje absolutamente esquemático, frío, desde el tópico hecho a la alienación de la palabra: esa significación pura que elimina la humanidad de la palabra. Una disrupción del sentido es esa eliminación de la palabra: irrumpe la significación, pero a los límites de que no hay palabra, si por palabra entendemos la contextualización valorada de la significación. Esto es

SIMBOLIZACIÓN

Expresión / Significación

-
-
-

SENTIDO**Historia, personalidad y «estilo»**

67. Con respecto al segundo conjunto de temas, es decir, la conciliación entre la unidad del «centro de formación de símbolos» (= Yo) y las distintas clases de símbolos, se imponen también nuevas precisiones. ¿Puede haber

material inconsciente simbolizado? ¿Puede lo inconsciente ser simbolizado? Hay una precisión que considero esencial plantear: mis trabajos me llevan a la necesidad de afirmar que la misma organización de la connotación o valoración de un denotado, son las manifestaciones de la estructura inconsciente del sujeto. Piénsese en las técnicas respectivas del histérico o del obsesivo y se advertirá que hay una estructura de su discurso, de sus conductas que remiten a esa estructura profunda de constitución e interrelación del sujeto. Una «visión del mundo», vinculada a una «práctica en el mundo», realizan la orientación fundamental de eso que vengo llamando «sentido». Pero el valor mismo de las experiencias de base, el tono fundamental de las vivencias, se manifiestan en ese sentido. «Estilo» es así la estructura operacional profunda de selección, organización, valoración que manifiesta la conducta significativa de un sujeto como individuo concreto-en-un-mundo.

68. La organización, la metáfora, la proyección, la poeticidad misma del símbolo indican que el valor expresivo-sintomático de lo inconsciente están presentes. Lo que habrá que determinar es cómo está presente ese material, ya que, por principio, decimos de eso inconsciente que o bien es lo constitutivo (el conjunto de matrices histórico-concretas de constitución de «un» sujeto) o bien es lo reprimido, prohibido, lo que «no se puede» manifestar. También por principio, lo único que se requiere es que el material inconsciente no se reconozca como tal. No podemos elaborar un conflicto, sin embargo, las «claves» de ese conflicto se prolongan y manifiestan en la organización de experiencias que adoptan una orientación determinada. No puedo elaborar el carácter de la relación efectiva que me une con mi compañero, pero no se puede comprender por qué «amplío» el conflicto hasta hacer de un desacuerdo fútil la causa de una gran pelea. Lo «inconsciente» como tal no puede ser simbolizado, pero puede irrumpir, desviado, oculto, transfigurado, en lo simbolizado.

Las matrices productoras de lo simbólico

69. Es decir, lo inconsciente simbolizado aparece sólo en la medida en que se oculta, sólo en la medida en que es «expresado», pero no significado. Forma parte del sentido, pero lo hace «a pesar de la significación» o, si se prefiere, en la organización-valoración del Sdo. Por supuesto, una elaboración significada del material inconsciente, representa ese proceso de elaboración interpretativa en el que consiste la reconstrucción (significada) del sentido. Entonces, la pregunta debe hacerse: lo que produce ese material inconsciente que se simboliza ¿puede, a su vez, ser simbolizado? Mi respuesta: se expresa en las matrices de organización-valoración de la acción, la comunicación y la relación, pero en sí mismo constituye el «objeto de la operación analítica» del psicoterapeuta.

70. En cuanto a las distintas clases de símbolos, ya me he referido a la diversidad de planos en los que es posible situar la referencia. Es decir, el origen o la fuente de material así como las técnicas simbólicas de su tratamiento determinan esa distinción. Material procedente de la fantasía, de la imaginación, de la percepción no pueden ni ser situadas sobre un mismo plano de referencia ni son los mismos los índices téticos que los acompañan (salvo en la existencia de procesos psicopatológicos de distorsión) ni las técnicas de tratamiento son las mismas. Esos factores que constituyen la totalidad de la experiencia vivida: puede darse una relación directa entre elementos perceptivos y materiales. Pero ya en los aspectos de relación, control, complementación, valoración, afección, etc., necesitan en mayor o menor medida una «traducción». Lo ideal, por supuesto, sería la plena capacidad para lograr ese equilibrio entre necesidades expresivas y recursos significativos. No es así, sin embargo, y es ahí donde aparecen todas las complicaciones tanto de la traducción, como de las distintas clases de símbolos. En todo caso, el origen del material (las llamadas «fuentes de estímulos», al que se refiere Lorenzer), con las características que le son propias, determinan su organización, y, por supuesto, su funcionalidad específica.

Organización, acción, deseo y necesidad

71. Lorenzer indica que, bajo determinadas circunstancias, hay contenidos inconscientes que son «liberados» y elaborados por el yo cognoscente. Me interesa mucho destacar (y éste fue un tema que llevó mucho trabajo en nuestros estudios sobre estética, pero que pertenece a toda una corriente de renovación epistemológica marxista, con autores como precedentes del carácter de Galvano della Volpe o Ambroggio) que no puedo aceptar el equívoco término de «contenido». El trabajo al que he hecho alusión se manifestaba en la necesidad de combatir la falsa distinción forma-contenido. No hay forma que no sea la realización organizativa misma de un material y, por lo tanto, «contenido» que no sea el plano del Sdo. o del sentido resultante de esa misma organización. Entonces, como acabo de indicar, lo que se puede aceptar es que factores inconscientes estén presentes en la organización simbólica o que determinados elementos puedan llegar a alcanzar una formulación Ste. También, lo que puede ocurrir es que determinados indicadores inconscientes provoquen una determinada formación simbólica, desplazada de su sentido real y al que hay que reconstruir, por los procedimientos hermenéuticos que se han venido indicando.

72. Sin embargo, el problema sigue estando presente, cuando Lorenzer insiste en su caracterización del Inconsc. como un «reservorio de estímulos». Problema que se precisa más, cuando se hace referencia a los «representantes» y a los «clichés» inconscientes. Tales re-

presentantes serían los factores a los que puede vincularse o adherirse procesos de catectización. Los clichés son una clase de esos representantes, provienen de símbolos formados durante el proceso de simbolización y a los que, más tarde, la represión los ha «excomunicado» o «des-simbolizado», con lo que se han visto rechazados en la corriente de representantes simbolizados.

73. También aquí son necesarias bastantes precisiones. En primer lugar, si se pretende un cierto foco de vivencias como núcleo activador de los procesos psicológicos y cuya resultante final es la conducta productiva, no hay nada que objetar. Efectivamente, la imagen de «reservorio» es, cuando menos, confusa y distorsionante. Las necesidades, el deseo, las producciones de la fantasía y la imaginación, la información recibida, acumulada, la tensión de acción, etc., constituyen todas las dimensiones de un sistema en permanente dinámica. Por sí mismos, constituyen los factores activadores de una conducta interno-externa. El problema que se pone es el de resolver si esos «representantes» son símbolos, en los que se resuelven las catexias pulsionales.

74. Por supuesto, en mi concepción tales catexias pulsionales son comprensibles exclusivamente si adhieren a la clase de tensión dinámica y relacional que podemos expresar en los conceptos de necesidad y deseo. Necesidad y deseo que ni se pueden resolver, en el caso de la necesidad, en pura tensión orgánica ni, para el deseo, se agotan en el plano de la realización alucinatoria. Ciertamente, hay una distinción en las tensiones que originan la necesidad o el deseo, en la medida en que este último tiene una consistencia perceptiva, activa absolutamente distinta a la de la necesidad. Intencionalmente, el deseo se mueve más sobre el plano de la imaginación, en su origen: la elaboración debe llevarle o a la «prueba perceptiva» de la acción o, por el contrario, puede producirse una inversión que la lleve a su realización fantasmática. En su dialéctica (puesto que el deseo ha de convertirse, en último término, a la necesidad o ser eliminado, ya que, de no ser así, es cuando pasa a su realización fantasmática), necesidades y deseos, deseos y necesidades son activadores de la acción del sujeto.

75. ¿Los representantes inconscientes pueden acceder al plano de la simbolización, «elevando» las catexias pulsionales de su «realización»? Pues yo creo que depende del valor que concedamos a esos representantes. Necesidad y deseo están en correspondencia con procesos simbolizadores diferentes y, por lo mismo, su entidad «inconsciente», así como su propia eficacia activa, es diferente. El deseo posee una densidad inconsciente que no se confunde con la de la necesidad: ésta puede poseer un carácter tal, aunque está más conectada con los procesos simbolizadores de índice perceptivo. De ahí su dimensión activa. El deseo, por el contrario, conecta superiormente con la realización imaginaria, lo que

retrasa su efectuación activa. En última instancia, su valor activador (y no creo, por más esfuerzos que hagamos, que se pueda pasar la lectura «catexis pulsional» a este otro elemento conceptual de «activador», tanto en los procesos simbólicos como en los de la acción) se pone a cuenta del componente esencial que lo constituye. Lo imaginario no es el revés de lo perceptivo ni su excluyente, como tampoco lo es respecto a lo fantasmático. Lo imaginario, por sus propios índices temporales, por su conexión con la información acumulada, puede y debe desplazarse hacia su complementación perceptiva (mejor dicho, puede y debe realizar la percepción, en la medida en que ésta no es posible, si no lo hace «apoyada» sobre la organización imaginaria).

76. El activador imaginario del deseo puede, si no hay prohibición o censura y, consiguientemente, represión, convertirse a la acción, que es la que, en definitiva, lo transformará en necesidad o lo eliminará. Por el contrario, una fuerte censura, una represión muy interiorizada puede reconvertir el deseo a su realización fantástica, lo que, antes o después, generará una tensión contradictoria expresada en angustia, ansiedad, huida de la «realidad», etc. El tema está en lo que debemos llamar «representantes» y representantes «inconscientes». El tema está en cuándo una imagen, una experiencia, un fuerte acceso afectivo se convierten en activadores y en su paso o no a la simbolización.

Imágenes y esquemas activos

77. Privaciones, carencias, frustraciones... son de ese orden de lo vivido que pretendemos presentar como imágenes, como oscuras escenas «arcaicas» que no acertamos a organizar. De alguna manera, el deseo resulta de la posibilidad psicológica (pero también social, ideológica) de transcribir esas oscuras imágenes en deseos, puesto que ése es el primer paso de elaboración imaginaria que los acerca al plano de su realización y, por lo tanto, al plano de su organización simbólica. Pero, tengo que repetir, esta realización simbólica es acercar un material (subjetivo al máximo) a su «traducción» Ste., objetiva. Una experiencia que se manifiesta como ansiedad, como desasosiego, como malestar es «inconsciente» y no simbólica, en la medida en que falta ese mínimo que es ya el acceso al plano mismo del deseo. Tal experiencia puede adoptar las figuraciones de imagen más complejas y, sin embargo, de acuerdo con lo que llevo dicho hasta aquí, todavía no será formación simbólica.

78. Lorenzer dice de los clichés que provienen de representantes simbólicos, formados en el proceso de socialización y «ex-comunicados» en el curso de la represión. Esto es, excluidos de la comunicación del lenguaje y de la acción. Dice, sin embargo, que no por ello han perdido su capacidad dinámica, su eficacia de factores presentes en la estructura de la conducta. A mí, por el momento, me inte-

resa destacar esa represión, esa prohibición, esa censura del deseo. Porque sólo desde ahí nos será posible comprender qué factores intervienen en la determinación de los procesos simbólicos.

Crítica del concepto de «cliché» en Lorenzer

79. Veamos más de cerca la caracterización que Lorenzer hace de los clichés o «representantes inconscientes». Como elemento previo, Lorenzer subraya el valor «poliestrático» (= multidimensional) del símbolo. Además, insiste en el valor de «representante de objeto» que posee el símbolo. Respecto a las imágenes pone su origen en las «escenas primitivas», en las que el ejercicio de la represión eliminó la posibilidad de una elaboración simbólica. Las propiedades fundamentales de los clichés serían cuatro:

1. desde el punto de vista dinámico, cumplen la misma función que los síntomas: pueden ser catectizados.
2. pueden ser transformados en símbolos y han sido transformados a partir de símbolos.
3. mientras que los símbolos pueden ser evocados con independencia de la situación actual, los clichés necesitan para su desencadenamiento, de una «disposición escénica» que es la que permite el proceso de un actuar dramático. En cuanto se da esta disposición escénica, se produce el desencadenamiento de la dramatización.
4. el símbolo se caracteriza por posibilitar la distinción entre «representación» y acción. Es decir, el símbolo permite manejar o anticipar la situación, mientras que el cliché no posee esta autonomía. Una vez que se produce la «disposición escénica», la acción es inmediata.

80. Esto es, el cliché no permite el conocimiento de la situación, no es un mediador de la acción, es determinante de la acción, induce inmediatamente la acción, es irreversible (es decir, el cliché se instaló en un momento de terminado del desarrollo histórico, el «suceso originario» y desde ese momento se mantiene rígidamente, con un estereotipo muy marcado). Como se puede comprender, se trata siempre de propiedades contrapuestas a las presentadas por el símbolo.

81. Lorenzer llega a aproximar el concepto de cliché a los esquemas animales de desencadenamiento, tal y como son expuestas en la etología de Lorenz. Así se llega a establecer unos rasgos de analogía entre la conducta del «enlace de pulsión y adiestramiento» del animal y la conducta determinada por clichés de los neuróticos. La distinción se establece

porque la conducta neurótica determinada por clichés está unida a la conducta de acción mediada por símbolos. Es decir, hay una combinación de modelos de reacción y acción en la conducta total del neurótico. En tanto en el organismo animal, la formación de cadenas desencadenantes es un riguroso proceso madurativo de evolución, en la formación de conductas regidas por clichés lo que se produce es la pérdida de una diferenciación de desarrollo ya adquirida, como es la operación por símbolos. Se produce un proceso de desintegración, con regresión y fijación en etapas más inmaduras. De manera que los símbolos se transforman en clichés, es decir, los representantes simbolizados, por causa de la represión se convierten en representantes desimbolizados. Se preserva, sin embargo, el carácter relacional del representante, aunque pierde sus valores de relación de objeto.

Estructuras de relación y procesos simbólicos

82. En 75. y 76. esbozo una serie de precisiones que es conveniente retomar en este punto. He aludido constantemente a las estructuras de base como estructuras intencionales, estructuras de relación. La intencionalidad es un concepto que expresa un principio epistemológico fundamental: la esencial interrelacionalidad en la que consiste toda estructura subjetiva y, correlativamente, toda estructura de objeto. Clásicamente, la filosofía ya indicaba que no existía conciencia que no fuera «conciencia de». La constitución del sujeto es el conjunto de procesos reflexivos que se desprenden de la constitución de relaciones de objeto, desde las primitivas reacciones y acciones de diferenciación hasta el establecimiento de núcleos referenciales de constitución. Desde la constelación de experiencias vividas, en las que el niño va diferenciándose de los focos de estimulación que lo rodean, el proceso simbólico aparece ya en la ordenación del esquema corporal, en la organización de los esquemas sensomotores, senso-perceptivos. A través de sus gestos, el niño «mima» la acción sobre el objeto presente, lo destaca, hasta alcanzar los estadios superiores de imitación del objeto ausente. Desde ahí, la raigambre simbólica del gesto, su eficacia también simbólica, y no sólo funcional, es evidente. En relación con ese «mimo» simbólico se organizan las resonancias afectivas, las reacciones emocionales. A la vez, junto con la consolidación de esos esquemas de acción-interacción, se implantan las primeras normas, las primeras frustraciones, las primeras prohibiciones.

83. Si no se quiere hacer de lo simbólico un simple simulacro de representación afectiva o «imitativa», si no se pretende confundir lo simbólico con una concepción mecanicista de vinculación entre «representación de cosa» y «representación de palabra», a través de mediaciones asociativas, sin más (como de hecho ocurre en distintas ocasiones con Freud), ha-

brá que convenir que lo simbólico es Ste., sin necesidad de circunscribirse al plano de la realización verbal. En definitiva, lo que es necesario es que exista un material de intercambio social, un material cuya organización dependa de un repertorio de reglas integrantes de un código. Entonces, la concepción de la inauguración de los procesos de simbolización tiene que ponerse como efecto de la articulación de una serie de factores, entre los que no puede faltar, como elemento integrador y articulador, ese factor de intercambio. Factor de «significación» que organiza al resto y lo trasmite, en esa unidad de intercambio.

La relación de objeto

84. La experiencia vivida es una constelación de factores, unos cambiantes, otros que adquieren una relativa estabilidad. Imágenes, más o menos fluidas, movimientos y reacciones emocionales, cambios de la necesidad, instalación de pautas como ritmos temporales, corporales, actividad. En la medida en que se realiza la relación de objeto (1.^a Fase del desarrollo según Fairbairn), se constituye la diferenciación del sujeto. El factor de intercambio es precisamente la modelación que imprime y la organización que resulta, en un único movimiento dialéctico. Por supuesto, para que la simbolización alcance el rango de «signo» (en su pura acepción verbal), los procesos de maduración funcional han tenido que desarrollarse hasta un cierto nivel. Lo que, sin embargo, impresiona más de este proceso es que sea el agente socializador, con la interacción que introduce incluso antes del nacimiento, el agente y el receptor de la unidad del intercambio. Se me planteará si esto es algo más que una afirmación mía: en todo caso, parece que pues las cosas así, habrá que concluir que lo simbólico es extensible a todo organismo animal, en la medida en que como sistema vivo, necesariamente está abierta al intercambio.

85. Por supuesto, la estructura de la relación se completa con la modalidad de relación. El intercambio es una relación organizadora, que ordena allí donde sólo hay indeterminación. La diferenciación vivida se completa con la organización de la acción, con la constitución de un esquema corporal... y todo ello en lo específico del orden humano. Asistamos al progreso de la comunicación gestual, a la maduración de los esquemas orientadores de la acción, etc., etc., y advertiremos que se trata, con el niño, de un sistema abierto, de características especiales o diferenciadas, simplemente.

Simbolismo e interacción

86. Lo simbólico es la realización progresiva y contradictoria de la interacción. Por supuesto, es un proceso hacia el «signo» (porque es un progreso hacia la objetivación), pero hacia un signo «valorado», es decir, hacia un signo de denotación connotada, donde la significa-

ción es trabajada en la conclusión del sentido. El valor emocional de las imágenes, la capacidad de éstas para «abrir» la acción más compleja, la posibilidad de diferir la acción... son todos elementos que manifiestan los índices de una flexibilización superior de la capacidad simbólica.

87. Pero, ¿dónde hay que buscar el cliché? Para mí, los representantes vividos acceden o no a la simbolización objetivada en función de la interacción de distintos factores. Entre ellos, está claro que el elemento de represión, de censura, de prohibición juega un papel muy importante. Distintos elementos expresivos confluyen en la conducta y, sin embargo, no todos ellos son susceptibles de significación. El «sentido» los contiene, por supuesto, pero en el orden de la organización, de la constelación semántica, de la sintomática expresiva, de la resonancia emocional. El cliché puede ser desde una organización compleja de reacción, que «se automatiza», hasta el complicado ritual que supone una práctica social altamente convencionalizada y cargada de valor ideológico y de sanción social. No hay «intelectualización» de tales procesos, con lo que no puede decirse que sean cadenas comportamentales desimbolizadas. Como el mismo Lorenzer admite, una tendencia excesiva a la diferenciación objetiva (lo que yo he llamado una desequilibración hacia el polo Ste.), con sus efectos de «frialidad afectiva», de «despersonalización», es una reacción de valor similar al de un «cliché» que no alcanza su objetivación. Ambos son manifestaciones de un desequilibrio de simbolización.

88. Que una imagen sea bloqueada, censurada, de manera que el Yo sea incapaz de trasladarla a la figuración comunicacional, es muy distinto a que se produzca sobre ella una de simbolización. Un representante inconsciente es, en todo caso, un factor que se desconoce, un factor que se nos cuele por los intersticios del lenguaje. De esa manera, el síntoma y el puro y rígido Ste. coinciden en sus funciones, tanto de ocultación como de desconocimiento. No hay siquiera una formulación explícita al papel o a la forma reconocible del deseo o la necesidad. Lo que no impide que sean organizadores determinantes y activadores de la conducta. Entonces, lo que habrá que afirmar es que hay representantes inconscientes de la experiencia, que no alcanzan, por efecto de la censura, el acceso a la significación, aunque sí logren su manifestación. Y no se trata de representantes como síntomas, sino de representantes presentes, pero no codificados explícitamente.

El proceso constitutivo de la personalidad

89. El símbolo entonces es algo más que un intermedio entre el llamado cliché y el signo. Es la realización ajustada de valores significativos y expresivos, presentes en la conducta Ste. y en sus producciones. Realización objetiva de la relación de objeto, la conducta del

sujeto manifiesta en su estructura los índices activadores y los valores de motivación y regulación emotivo-afectiva. Que existe un subtexto que se enmascara en la realización concreta de la organización Ste., es algo que tenemos que aceptar, puesto que en definitiva constituye una constelación contradictoria del sentido que es necesario reconstruir.

90. Los representantes inconscientes, reprimidos por la censura, se vinculan así a las imágenes arcaicas, como éstas se relacionan a la escena fundamental. Imágenes que se presentaron con la experiencia dolorosa y que fueron inmediatamente rechazadas. En ese sentido, la escena es el lugar del conflicto y la interpretación no es otra cosa que la búsqueda del texto de esa larga y dolorosa ocultación. Se hace necesario, entonces, dramatizar la acción, hasta alcanzar la reconstrucción de nuevo simbólica que permita revivir, re-experienciar la escena fundamental. En esa escena, sus representantes los incorporamos, pero ya reprimidos, lastrados para no poder alcanzar jamás su traducción significativa, su estatuto objetivo. Revivir la escena, con todo, no es un puro ritual catártico, sino emplazarse desde la acción a la acción. Es pasar de reconstruir el texto, a elaborar el texto. Es asumir esa tercera fase de la que he hablado ya. Es enfrentarse a las resistencias que impone la represión, descubrirla, en sus mecanismos fundamentales.

91. Regresamos al comienzo: formas de interacción, formas de lenguaje, experiencias, vivencia, formaciones de valoración ideológica, rituales de la acción social se manifiestan en los procesos de la simbolización. Desde ahí es como cobra eficacia la recomendación de interpretar tanto la fractura del Sdo. como la irrupción del sentido. Despejar todos los factores de ocultación, hasta dejar libre la forma fundamental del conflicto. Deslizarse por los meandros de la comunicación bloqueada, atacar sus resistencias, socavar sus defensas. La psicología no puede ir más allá, porque, en sí misma, no puede transformar los esquemas profundos y descubiertos de la interacción. La psicología puede esclarecer ese bloqueo, descubrir el texto verdadero, exhibir la fractura normalizada que distorsiona el sentido. Y nada más.

92. Hay una cierta «naturalización» del niño en sus primeros estadios. Aparecen las primeras necesidades corporales, como fundación de la estructura de relación, como apertura del sistema en que consiste. Se produce el intercambio dialéctico entre el niño y el ámbito socializador. Esas necesidades representan la posibilidad del momento social

- gestos de la madre = elementos activos de un código de «desnaturalización»
- condiciones sociales concretas que se manifiestan en prácticas de socialización, con modelos dominantes
- pertenencia del agente socializador a redes específicas de interacción social

- filiación que hace del niño un actor social.

93. La socialización del niño (maduración-desarrollo-constitución) se manifiesta en los planos complementarios del «interior» y del «exterior» (organización cerebral-constitución corporal-emoción-necesidad-acción). La conducta del niño (intencionalidad de las necesidades) adquiere consistencia y forma en la interacción. Imágenes mágicas, de profunda intensidad emocional. Las imágenes (y con ellas la vivencia) forman un sistema de organización en las matrices de las reglas de ordenación de la interacción.

- condiciones reales de la interacción
- normativa
- estructura del conflicto
- incongruencias «recubiertas» por el lenguaje (dependencia, represión, fijación...)

La conducta «subjetiva» queda así como un producto, producido en un proceso de mediación social. Las estructuras subjetivas son producciones prácticas de la transacción social. La organización corporal, los movimientos que manifiestan las necesidades, reciben respuestas determinadas, cuya forma se desprende de la relación con el agente socializador. Es decir, la dialéctica se manifiesta como mediación entre una «situación corporal» y una «práctica social». Advienen así realizaciones de organización que constituyen, en su propia productividad, gestuales, reactivos, activos..., los procesos prácticos pre-subjetivos de la correspondencia con la relación efectiva de objeto.

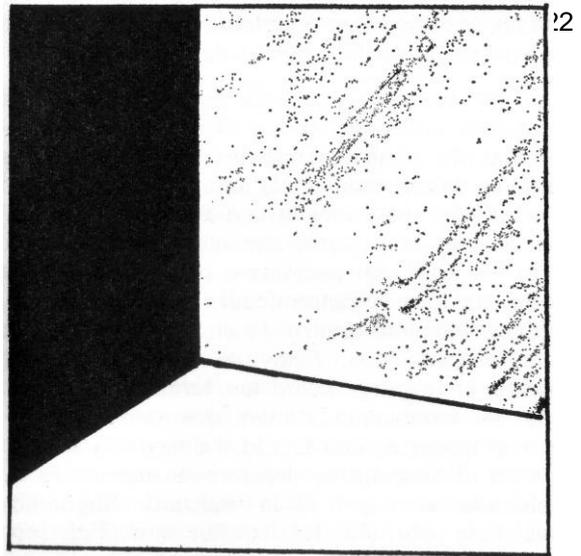
Conclusiones provisionales

94. Tendremos de esa manera:

- el factor desencadenante es la necesidad
- acto de la filiación social
- formas directas de la interacción Proyección y recubrimiento afectivo
- la sedimentación de las pautas de interacción organizadora, el efecto reflexivo de la emoción y la reacción, introducen también factores de contradicción
- las estructuras subjetivas son estructuras producidas y realizadas que reproducen segmentos de conducta social, ideológica... de los propios agentes socializadores

95. Creo haber realizado un avance en la exposición de algunos de los temas que más nos preocupan. Por otra parte, he intentado recoger aclaraciones a temas que están un poco esbozados en otros trabajos míos. Aquí soy

consciente de que todavía quedan bastantes factores que necesitan ser superiormente desarrollados. Recuérdese, sin embargo, las necesidades que intentábamos cubrir con este Seminario. Hemos conocido un autor interesante y hemos podido profundizar en aspectos muy importantes de comprensión del psicoanálisis. Ya puede ser un objetivo interesante.

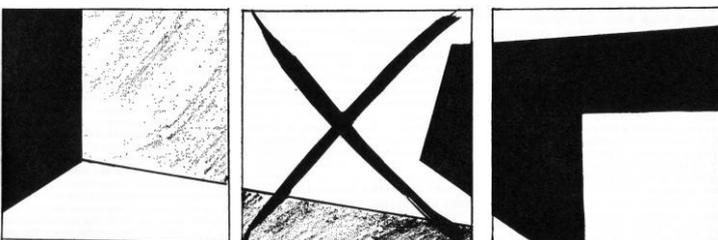


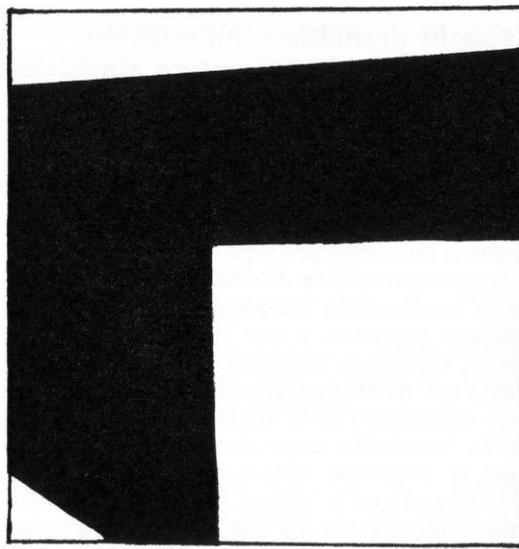
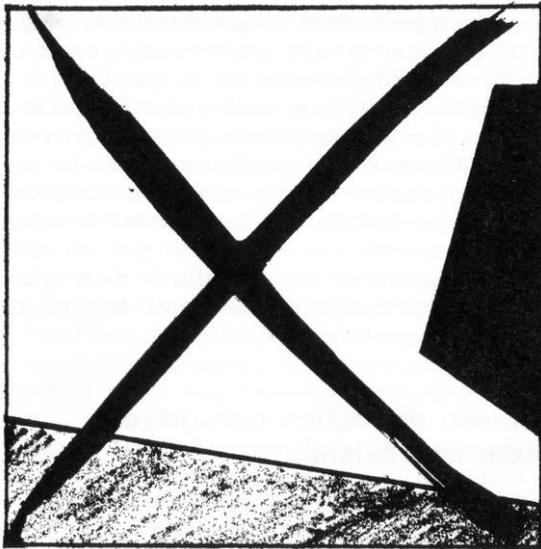
ADDENDA

La operación analítica y la fractura del Ste. y del sentido

0. Quedaría incompleta mi anterior exposición si no incluyera aquí unas mayores y más profundas precisiones, sobre algunos de los temas tocados anteriormente. La crítica a Lorenzer no ha podido realizarse sino sobre algunos de los temas tocados por este autor y siempre con la convicción de que, en último término, nos encontramos ante una aportación seria y muy importante, para la comprensión de fundamentales aspectos de la relación marxismo-psicoanálisis. Tampoco aquí voy a eliminar los rasgos de estilo propios de la exposición oral. Por otra parte, completo con este trabajo la serie de los dedicados genéricamente al tema «Comunicación».

1. En primer lugar, me refiero al proceso (o a la operación) de la fractura de significación o sentido. No considero ambos procesos idénticos: si se tiene en cuenta lo que se ha dicho para la operación simbólica, se comprenderá que la ruptura de significación afecta al valor de intercambio de la comunicación. El sujeto se desliza hacia la ruptura del Sdo. y, por lo tanto, hacia el desplazamiento del Ste. a una relación semántica «privatizada». Es decir, el sujeto rompe la convencionalidad sobre la que se apoya la comunicación, como relación informativa. De esa manera, el Ste. se convierte auténticamente en un síntoma, en la medida en que la relación Ste./Sdo. se ha desplazado del valor normativo que determina la lengua. Por lo mismo, la ruptura de sentido afecta a la realización connotada (y valorada) de la significación. Es decir, la relación Ste./Sdo. adquiere la inflexibilidad, la rigidez de la barra / que deshumaniza la realización concreta del proceso de significación. Un lenguaje «Fríó», con muy poca capacidad de adaptarse a las necesidades de la acción y de la interacción, es el resultado. Si la ruptura del Sdo. privatiza la palabra, la ruptura del sentido hace





imposible la individualidad, la personalización del intercambio comunicativo.

2. En uno u otro caso (fractura del Sdo. o del sentido), nos encontramos ante manifestaciones (cuya expresión concreta varía de individuo a individuo) de conducta desequilibrada. En el análisis del conflicto, la irrupción del sentido es el punto de arranque de la reconstrucción interpretativa del proceso de disturbio. Quiero que esto quede claro: no debe confundirse la fractura del Sdo. con la irrupción del sentido, tal y como puede producirse en el curso de la interacción analítica. Con la fractura, lo que se da es la emergencia misma de las formas que adopta el conflicto. Con la irrupción del sentido, lo que se produce es ese momento privilegiado en el que logramos inducir al sujeto a una connotación superior del producto Ste./Sdo. que se está realizando entre los dos sujetos de la interacción de análisis. Es decir, yo pienso que el deterioro frecuente que produce un conflicto ni asumido ni resuelto por un individuo, se manifiesta en la pérdida de la capacidad de simbolización, sea por la vertiente de los valores expresivos (pérdida de la capacidad de connotación, despojamiento de las funciones de poeticidad de la palabra) sea por la de las funciones referenciales (opacidad del Ste. que se convierte o se desplaza a su valor inferior de síntoma). Por el contrario, en la situación de interpretación, intentamos precisamente que haya una irrupción de esas funciones de poetización, en la medida en que a través de ellas vamos a obtener la Weltanschauung, los valores emocionales y de afectos, etc., de un sujeto concreto que interactúa, «vive» y se relaciona con un medio determinado. Por supuesto, en la situación de intercambio analítico puede llegar a producirse una fractura del Ste. o del sentido, pero la distinción conceptual la situamos en la distinción entre manifestación concreta psicopatológica e interacción analítica del material (sobre el material) producido por el examen de una estructura de conducta suficiente que se somete al análisis.

La reconstrucción del conflicto

3. Por lo tanto ¿qué buscamos en el análisis de un símbolo, en la situación analítica? Fundamentalmente, nuestra primera operación es la reconstrucción del Sdo., precisamente porque en su organización misma, en la eficacia de su función, etc., lo que nos interesa, por decirlo de alguna manera, es buscar la relación de contacto, la relación de «realidad», el «lugar» que efectivamente el sujeto ocupa en la situación, la organización misma de ésta, las funciones de actividad o pasividad, de dependencia o no... que concreta e históricamente el sujeto realiza. Nuestra segunda operación es analizar el valor sentido de ese símbolo, los componentes afectivos, ideológicos... que el sujeto atribuye a esa situación y a sí mismo. Nos interesa el «sentido de realidad», pero también y fundamentalmente cómo opera con esa realidad el sujeto, cómo lo valora, cómo se sitúa ante ella y en ella. Analizar la función simbólica es buscar la estructura de personalidad que se manifiesta en la estructura de acción que funda la interacción entre los sujetos que ocupan un espacio social determinado. Por ello, la operación de búsqueda del sistema de Objetividad/valoración/subjetividad de un individuo concreto que vive (y sufre explícitamente) un proceso de conflicto, tiene las siguientes fases:

- Simbolización
 - análisis componentes de la significación
 - análisis de los componentes de la expresión
- Estructura del estilo
 - estructura de la acción/producción
 - estructura de la interacción
- Estructura que adopta el conflicto básico
 - procesos de manifestación
 - génesis del conflicto básico

Espacio dramático, interacción y análisis de la estructura simbólica

4. Estaría de acuerdo con Lorenzer en que, en último término, la simbolización encubre las formas determinantes (sobredeterminadas inconscientemente) de la interacción. En ese sentido, propongo que las operaciones destinadas a favorecer la irrupción del sentido son, a la vez, operaciones destinadas a provocar tanto la construcción imaginaria dramática de la «escena primitiva» y, por lo tanto, la irrupción de las «imágenes arcaicas», como el texto profundo que da sentido/significación a los esquemas dominantes de la interacción. Por ejemplo, en la interacción entre dos personas, advertimos la presencia determinante de una relación que es la que orienta finalmente todos los intercambios entre los dos. Considero que hay dos operaciones que se complementan entonces: una, puede ser la dilucidación del carácter de esa relación, su naturaleza real, su significación, su economía interna, su circularidad... La otra, debe consistir en la búsqueda de su economía funcional (la de la relación) a partir de un conflicto que se desconoce, porque, por ello, es más efectivo. Hay que encontrar el «sentido» que cada sujeto da a esa relación, hay que hacerla actuar, hasta alcanzar el momento dramático de su constitución, con los determinantes que, desde la trayectoria biográfica de cada uno de los sujetos, la funda (dicha constitución). En el fondo, se encuentran formas privilegiadas de intercambio social, afectivo, de valoración.

5. ¿Qué función cumpliría aquí esa dinámica de la transferencia, así como de la contratransferencia? Cambiando la formulación de Lorenzer sería posible comprender esa transferencia como la manifestación del patrón de interacción predominante en el sujeto analizado. En ese sentido, habría que indicar inmediatamente que se trata de una manifestación de carácter «imaginante», de manera que si convenimos en llamar forma 1.^a de manifestación del patrón interactivo-base del sujeto analizado, la forma predominante que da lugar al conflicto (forma de manifestación 2.^a) viene referida por la relación de sentido que es posible establecer entre las dos. Conviene precisar este punto. El conflicto se resuelve en un esquema básico de interacción (que es, a la vez, un esquema básico de simbolización) que sobredetermina las conductas posibles, especialmente todas aquellas que se relacionan con las situaciones similares a las que provocaron el conflicto. En la relación analítica, lo que se pretende es la consecución de un «espacio dramático» en el que la relación (y, consiguientemente, sus formas de interacción) realice imaginariamente la relación del conflicto. Proponemos un marco dramático, donde los dos participantes van realizando un texto improvisado, cuyo objetivo último es provocar la realización dramática (e imaginaria) de la situación original, en la que se producirá (imaginariamente, de nuevo) el texto del propio conflicto. Al «permitir» que el sujeto analizado exhiba sin restricciones (y tam-

bién sin frustraciones o gratificaciones «reales») el mimo de sus problemas, inducimos una producción simbólica en la que los valores expresivos (y sus condicionantes inconscientes) apenas están restringidos por necesidades de transacción con la «realidad». La relación se desliza hacia sus valores afectivos de base, de manera que se va constituyendo, metafóricamente, una interacción que, en realidad no es sino el Ste. simbolizado de la relación (e interacción consecuente) original o fuente del conflicto.

Espacio dramático concertado texto improvisado

SIMBOLIZACIÓN TRANSFERENCIAL

- producción simbólica de alto valor expresivo
 - relación imaginante (no alucinatoria)
 - producción de material interpretativo
 - forma 1.^a de la interacción (deslizamiento imaginario de la situación y el interlocutor al espacio dramático que permite el «mimo» de una acción no censurable y, por lo tanto, no inhibida)
- producción contratransferencial de complementación
 - relación imaginada (dramática) y criticada
 - producción crítica de interpretación
 - Intervención dramática (no identificada)

ESCENA DRAMÁTICA ORIGINAL

TEXTO PRIMITIVO

(IMÁGENES ARCAICAS)

FORMA 1.^a DE INTERACCIÓN = FORMA SIMBOLICODRAMÁTICA QUE SE CONVIERTE EN EL STE. DE LA FORMA 2.^a DE INTERACCIÓN (CONFLICTO)

Interacción, conflicto y simbolización

6. De esa manera, en la situación de análisis, la relación real entre analista y analizado es sólo un recurso simbólico-dramático que hace posible la manifestación del texto del conflicto. En la situación dramático-imaginaria de la relación de interpretación, el núcleo del esquema determinante de interacción puede aparecer sin limitaciones. Porque no se trata de la necesidad de realizar esa acción real, en la que todos necesitamos llegar a unos compromisos, con los que se produce la ocultación. Se trata, por tanto, de un proceso complejo, en el que las operaciones que permiten la reconstrucción del significado van seguidas de aquellas que posibilitan la irrupción del sentido. Todo ello sobre el objetivo final de que, en último tér-

mino, se conseguirá establecer la forma nuclear de la pauta original de interacción.

7. Por lo mismo, se trata de comprender esa especial interrelación que existe entre los procesos de simbolización de un sujeto y sus pautas de interacción. No estoy, pues, de acuerdo con Lorenzer con lo que él llama «interpretación de la palabra, símbolo singular dentro del lenguaje del paciente», ni con el análisis «de las formas determinadas de interacción», concebido éste dentro de un «marco escénico de comprensión». Estoy de acuerdo en que tanto el lenguaje como las formas esenciales de la interacción tienen que comprenderse como formando una totalidad diferenciada. Pero ni en el lenguaje se dan formas especiales de símbolo, sino que ya la realización lingüística es toda ella una totalización simbólica (con equilibrio inestable entre los valores expresivos y los de significación) y la «escena» no es sino la textura concreta e histórica que adoptó el conjunto de relaciones activas en las que consiste el conflicto mismo.

8. Lorenzer trata de hacer comprensible su aportación (que no me cansaré de considerar como muy valiosa) desde lo que él llama una «psicología de la interacción», esto es, como que la conducta no atañe exclusivamente al sujeto individual concreto en su aislamiento, sino al plano de las relaciones que mantiene en su concreción un sujeto con otros sujetos, con la mediación del contexto. En esa misma línea, indica que la psicología no aprehende sólo capacidades del yo orientadas a lo psicosocial, «sino estructuras relacionales objetivamente condicionadas *dentro* del sujeto». Por lo que la operación psicoanalítica no es sino «ese modelo de interacción que se ha introducido en el sujeto». Por lo tanto, su concepto de «escena» se aparta del que yo acabo de exponer, pues la considera como «una disposición escénica irreal entre el analizando y el analista, como escena de deseo que, sin duda... mantiene relación con experiencias reales».

Estructura predominante de conducta y modelo de relaciones objetales

8. Hay permanentemente, en muchos autos (y Lorenzer no es una excepción) una tendencia a apuntar, como objetivo del análisis, a las escenas infantiles. Quiere decir que se pretende alcanzar, como material de primera importancia, los complejos escénicos que «son siempre productos de la elaboración de experiencias tempranas, resultados de la actividad fantaseadora infantil». El problema es si esas escenas son las formas socializadas de interacción, hasta abarcar la totalidad de la estructura interactiva del sujeto. Pienso que lo que debe buscarse es el núcleo de las relaciones objetales, como esquema fundamental de la estructura de relación, en la que se constituye el sujeto. Este es el tema clave. Desde ahí, el proceso de socialización concreto apunta a la génesis de las estructuras de la constitución, con los esquemas de orientación/organización, interacción/valoración, afectivo/

emocionales. La comprensión escénica deja de ser una mítica universal, para convertirse a los problemas concretos de elaboración de la información, situación y acción.

10. En el análisis psicopatológico nos proponemos alcanzar las situaciones límite de establecimiento de la significación, la interacción y el afecto, como aquello que da cuenta de la actualidad de un sujeto-en-conflicto. De ahí, dos operaciones que se complementan: reconstrucción del modelo de organización de los Sdos., liberación que permita la irrupción del sentido, concebido éste como el proceso biográfico de las experiencias y vivencias concretas por las que el sujeto fue sucumbiendo al conflicto. El procedimiento (recurso dramático sobre la constitución de un espacio imaginario que permite la irrupción del texto) ya ha sido expuesto. Examinamos un lenguaje, para alcanzar un modelo concreto y personal de realización simbólica. Lo que, a su vez, nos conducirá a una estructura básica de la interacción intersubjetiva y consecuentemente, a la comprensión de la valoración de la relación.

11. La forma que reviste el conflicto es el deslizamiento del proceso simbólico bien a los valores-signo bien a los valores-síntoma. Este deslizamiento con los concomitantes de angustia, ansiedad..., es vivido por el sujeto como sufrimiento. Comunicativa, práctica, relacionamente el sujeto manifiesta restricciones y constricciones de su conducta adaptativa. En realidad, se produce una verdadera situación de aislamiento de los índices desrealizados de su conducta o de su «frialdad» de contacto, el sujeto no es apenas consciente. Sus activadores del deseo, de la necesidad están verdaderamente bloqueados. Fallan sus relaciones. Se posee una mínima conciencia de que algo «no marcha bien», pero no se sabe exactamente el qué. La perturbación aparece como lo que persigue o, al contrario, como lo que uno permanentemente porta (carácter egodistónico de los síntomas y perturbaciones: el sujeto piensa o bien que «la enfermedad», lo doloroso le persigue o bien que es propio de él). Hay núcleos dolorosos en su propia biografía que soslaya o evita cuidadosamente. Se pretende que, aunque toda la conducta parezca exclusivamente gratuita, algo debe haber que dé significación a esto que ocurre.

12. Buscar esa estructura que da cuenta de la simbolización es buscar la estructura de la acción y, por lo tanto, es buscar las pautas ordenadoras tanto del estar concreto en relación como el del estar en situación. Buscamos significaciones, sentidos, acciones, relaciones. Y lo buscamos en una oscilación dramática, entre lo que es consciente y lo que es inconsciente. Si se quiere, en último término, buscamos esas estructuras profundas, inconscientes, productivas que son activadoras de la realización del sujeto y de sus prácticas. De ahí esa relación dramática que va del acuerdo sobre la significación a la interpretación del sentido. En esta perspectiva, el objeto de la terapia es posibilitar una simbolización más equilibrada, una conducta total, cuyos activadores

principales hayan sido objeto de una (relativa) elección, por el sujeto. Comunicativamente, es hacer transparente el conflicto a las vías de la organización y elaboración prácticas. Lo que, en último término, representa la posibilidad de comprender la estructura original de la interacción (= acceso a su crítica consciente) y el valor mismo de la situación y su relación.

13. La emoción, el movimiento provocan una acción de relación que debe ser «completada» por el medio. Quiero decir, en las etapas o fases más elementales de la vida del niño es la privación orgánica la que provoca esa resonancia vivida que llamamos emoción y que se manifiesta como un conjunto de movimientos, más o menos desorganizados. Tales movimientos deben ser completados por la acción de los agentes socializadores. Con lo que se constituye su valor funcional plenamente relacional. Esto implica que el origen de todo el movimiento es siempre una carencia, unas necesidades corporales que poseen, desde su manifestación, caracteres emocionales tanto expresivos de su existencia (de las necesidades) como de su satisfacción (o frustración). A esa plenitud que reciben los movimientos desorganizados del niño la consideramos ya como momento de socialización, en la medida en que organiza, regula, ordena la necesidad. Qué respuesta dé el agente socializador a esas necesidades induce, por lo tanto, las primeras orientaciones de la interacción.

Emoción, necesidad y acción

14. Necesidad y emoción, pues, constituyen los ejes de la conducta del niño. El establecimiento de la relación con los agentes socializadores y el carácter mismo de esa relación, así como las pautas que determina y consolida, constituyen la estructura más simple del esquema de interacción. Desde el desarrollo que orientan los procesos anteriores (y siempre en la dialéctica humanización/hominización, a la que me he referido en otros lugares) es como se debe comprender la complejización superior de las necesidades, la complicación de los esquemas de acción, la organización que se resuelve en esquemas sensoperceptivos y, en fin, el progreso en la consolidación de la actividad simbólica. El carácter de la relación primera y sus manifestaciones es lo que instaura modelos de acción y de valoración que serán los determinantes tanto la clase del conflicto como la resolución concreta que se le dé a éste.

15. Estoy absolutamente de acuerdo con Lorenzer cuando indica que lo que es una conducta subjetiva lo es porque es una conducta **producida**. Que en ese proceso de formación las mediaciones sociales que hacen pasar la carencia orgánica a necesidad corporal, con su concomitante anterior y posterior, la emoción, son las instancias esenciales del proceso de constitución de la subjetividad. Que los agentes socializadores, en las formas concretas cómo realizan la interacción, sitúan ya las bases del conflicto, no sólo por las contradicciones evidentes de la misma práctica

social de esos agentes, sino también por el propio valor de las pautas de interacción que ellos sostienen. Necesidad y emoción apelan a un montaje práctico que va produciendo esquemas orientadores, organización de los esquemas sensomotores, sensoperceptivos, que arrojan modelos de comunicación, etc. La reacción del niño se convierte en movimiento organizado. Las fantasías se ordenan. El contacto con el medio impone la realización de esquemas de diferenciación.

16. Lo anterior tiene ciertas líneas de conclusión. Algunas de ellas pueden ser presentadas de la manera siguiente:

- las estructuras subjetivas son «precipitadas» por la realización del movimiento de relación como relación social
- el desarrollo del niño, en un medio socializador, es el efecto de un conjunto de prácticas sociales, de procesos de maduración funcional, cuyos objetivos, medios y formas de realización, están mediados por la sanción que introducen los agentes socializadores
- el desarrollo recibe también la influencia no sólo de las pautas de interacción y valoración dominantes en los agentes socializadores, sino que, además, a su través se intervienen las propias contradicciones sociales así como los conflictos de esos mismos socializadores
- en último término, las estructuras subjetivas son estructuras de acción e interacción, de organización y valoración, matrices de producción simbólica
- los modelos de acción psicopatológica proceden en lo esencial de estos procesos de interacción

17. El movimiento se hace acción en una dialéctica de necesidad/interacción. La relación objetal se realiza en ese movimiento por el que la tendencia de relación se completa y modaliza. La carencia corporal se realiza, con lo que adviene como necesidad que, en su cumplimiento, pone las bases de una «conformación» corporal. El sujeto pasa de lo indiferenciado a plantear activamente polos o focos de referencia. Es así cómo lo social ordena y realiza lo subjetivo y, recíprocamente, cómo lo subjetivo realiza lo social. Igualmente, debemos aceptar que muchos conflictos no son sino efectos de impregnación sobre el niño de los propios agentes socializadores. Las contradicciones de la práctica social se «traducen» a las pautas normalizadoras de la interacción: la perturbación que puede darse en la madre y en las relaciones que ésta mantiene, pueden deslizarse a las relaciones con el niño y, en consecuencia, a la normación/regulación de la interacción de éste.

18. En este punto, Lorenzer nos propone una teoría de la adquisición del lenguaje que merece ser considerada. En primer lugar, como

premisa, se plantea el tema previo de que la formación de conciencia adquiere su culminación con la posesión del lenguaje. Se supone que el niño posee ya un repertorio básico de formas de interacción interdependientes, con los que la diferenciación, la identificación, el reconocimiento puede realizarse sobre totalidades globales o sus rasgos más generales. El agente socializador introduce entonces «predicadores» verbales, a los que refuerza con la indicación del gesto: «Yo (gesto de indicación) ma-ma (predicador)». El gesto cumple la función de indicar algo (la madre se señala a sí misma). La diferenciación que posee el niño todavía es muy débil, de forma que el gesto señala no un objeto diferenciado, sino una forma de interacción (la madre destaca la escena, en la que la interacción se realiza). Procesos sucesivos de asimilación, generalización, deslindamiento... van haciendo que el niño reconozca formas de interacción, que las nombre, que conserve los indicadores verbales. Nuevas construcciones serán posibles sobre los progresos de adquisición de nuevos indicadores.

Operadores y activadores de la acción

19. Es decir, con la concordancia entre formas de predicación y formas de interacción se produce la interrelación entre sistemas de acción y sistema lingüístico. Hay una progresiva identidad entre estructuras del lenguaje y estructuras de la acción, que se reproduce constantemente y que hace que los símbolos aparezcan como indicadores o predicadores de la interacción (lo que justificará que, en el análisis de la estructura del mensaje, se llegue a la estructura de la lengua y, de ésta, a la de la acción). Pero, a la vez, las contradicciones presentes en esa interacción quedan también recubiertas por el uso de los predicadores verbales. Es desde esta perspectiva desde la que se insistirá en la concepción de las estructuras inconscientes como estructura «desimbolizadas». Se trata de aquellas situaciones neuróticas, en las que no es posible resolver el problema, eliminando las formas de interacción incongruentes, de forma que lo que se haría sería renunciar a sus predicadores. Los símbolos lingüísticos correspondientes a esa forma de interacción son expulsados del ámbito del lenguaje, con lo que esta forma quedaría desimbolizada. Se salva así, según Lorenzer, la congruencia de los símbolos lingüísticos, pero, al mismo tiempo, la forma de interacción ex-comunicada del lenguaje recae en el nivel de las formas de interacción prelingüísticas. «No desaparece por ello, sino que conserva su virulencia en un nivel inconsciente, puesto que ahora reaparece como situación compulsiva "ejercitada"...».

20. Como se ve, se trata de los clichés, tema que ya he recogido en el trabajo anterior. Allí ya me extendí sobre el particular. Creo que es preferible hablar de factores activadores no conscientes, que penetran en el área de la simbolización por las vías de la organización

y la valoración. Lo que ahora interesa es el acuerdo al que se pueda llegar sobre una concepción como la presentada por Lorenzer. En temas anteriores he tratado también este tema. Pienso que la teoría puede ayudar a explicar algunos puntos, pero que por esa vía llegamos a una concepción empirista de la significación. Lo que ha de explicarse es la doble dimensión del lenguaje: como «lengua» (ordenadora de las estructuras de base de la actividad nerviosa, en la organización que se manifiesta desde la síntesis de los esquemas sensomotores, hasta alcanzar la acción, y de los esquemas sensoperceptivos, como esquemas de conexión con los primeros y orientadores de la actividad cognitiva) y como «palabra» (dimensión ésta a la que, en otras ocasiones, me he referido como actividad instrumental, pero que, en definitiva, daría cuenta de la realización concreta de la significación). Un predicador como señala Lorenzer puede valer para operaciones muy concretas de nominación, pero no dará cuenta jamás de la totalidad de la significación.

21. Remitiéndome a esos otros trabajos, me queda, en este punto, sólo indicar los puntos como yo entiendo lo fundamental del método que estamos delineando aquí. Que existen formaciones vivenciales infantiles que pueden ser traspuestas en la fase dramática de transferencia, tal como la he definido. Que el valor fundamental de tales vivencias (precisamente, porque determinan el esquema de orientación de la representación/acción/interacción) se manifiesta en su carácter compulsivo que hace que se reproduzcan incesantemente. Que esa organización vivencial se constela de imágenes, de activadores, que determinan la organización interaccional conflictiva. Que su simbolización está siempre desviada u ocultada, precisamente porque no se encuentra el material significativo que pueda servirles de vehículo de manifestación. Esto determina su valor inconsciente y, por lo tanto, su propia función de indicadores del conflicto.

22. Esos puntos nodales del conflicto se resuelven desde que se aborda el trabajo de interpretación. Por una parte, comprendiendo el modelo fundamental de organización significativo. De otra, realizando la búsqueda del valor sentido. El conflicto apela a un montaje de interacción, a una organización del mundo y del sujeto en él, a una relación, a una puntuación determinada de la secuencia de hechos. Esto es lo que es necesario interpretar. La escena (el artificio de un espacio dramático que permite «reproducir» el acontecimiento traumático desencadenador) se convierte así en la realización que la relación no censurante de la transferencia/contratransferencia instaura imaginariamente. Simbolización y prácticas imaginarias de la dramatización confluyen hacia un punto único: la elaboración del conflicto.

Conclusión

23. Nuestra propuesta se ordena en una secuencia que fija un lugar propio a la psicología como lugar cuyo objeto es la conducta signi-

ficante. Pero con unas líneas de fuerza que desbordan lo estrictamente psicológico:

- Historia
- «Naturaleza»
 - Ecosistema
 - Lenguajes
 - Prácticas productoras
- Historia
- Objetivo (interacción, pragmata, poietika)
- Subjetivo
- Acción

Esto es, una psicología que ni puede ser abarcada por los planteamientos fisicalistas u organicistas del positivismo ni se resuelve en las reducciones de un ambientalismo culturalista. Una psicología que no puede comprender su objeto (= la conducta) si no se apoya en una teoría del lenguaje que deriva inmediatamente hacia una teoría de la acción, mejor dicho, a una teoría de las prácticas productivo-reflexivas de la simbolización, la objetivación, la comunicación. Acción que es modelada y que en su propio ejercicio funda su punto de origen o de re-flexión. Una psicología que, de pleno derecho, debe pertenecer al ámbito de las ciencias sociales, por más que su lugar sea un producto de límites no cubiertos, pero sí demarcados, por otras ciencias. Una psicología que no es tanto una psicología del «yo», cuanto una psicología de la subjetividad (y, por supuesto, al hablar aquí de «subjetividad» lo estoy haciendo desde la perspectiva que me permite una teoría de la objetividad y de la simbolización. Por tanto, al hablar de «subjetividad», no se habla de nada místico o inefable, sino precisamente de lo que no tiene sentido fuera de su acción productora). En ese sentido, una psicología que no puede pretenderse psicología del «yo», mucho menos aceptará ser una psicología del Ello. Por más que pueda hablarse, que deba hablarse del inconsciente, aunque en un sentido muy distinto al que se pretende desde esa psicología del Ello. Mi aportación, pues, debe ser considerada desde lo que llevo trabajando en el plano de ese lenguaje y su correspondencia con la teoría de los objetos.

24. Creo que bastan estas líneas para el desarrollo actual del trabajo que nos hemos propuesto. Quedan, está claro, muchos aspectos que seguir estableciendo. Ahora considero que el trabajo que podemos continuar debe tener su fundamento en algunos de los conceptos que hemos construido en este tiempo. Profundizaciones superiores, sobre todo en la línea del desarrollo de temas como los de «escenas primitivas», «imágenes arcaicas», van a ser muy necesarias. Sin embargo, los límites de esta publicación y de su funcionalidad están ya perfectamente establecidos.

BIBLIOGRAFÍA

ANZIEU, D., y otros, «Psicoanálisis del genio creador. Ed. Vancu.

BASTIDE, «Sentidos y usos del término de estructura». Paidós.

BASSIN, F. V., «El problema del Inconsciente». Granica.

BLEGER, J., «Simbiosis y ambigüedad». Paidós.
----- «Psicología de la conducta». Paidós.

CHOMSKY, N., «Problemas actuales en teoría Lingüística». Siglo XXI.

COOPER, D., «El lenguaje de la locura». Ariel.

FAIRBAIRN, W. R. D., «Estudio psicoanalítico de la personalidad». Hormé.

FOUCAULT, M., «Enfermedad mental y personalidad». Paidós.

FREUD, S., «Obras Completas», 3 ts. Biblioteca Nueva.

JAPPE, G., «Sobre la palabra y el lenguaje en el psicoanálisis». Granica.

LEFEBVRE, H., «Lenguaje y sociedad». Proteo.

LEROI-GOURHAM, A., «El gesto y la palabra». Editora Nacional de Caracas.

LORENZER, «Bases para una teoría de la socialización». Amorrortu.

----- «Sobre el objeto del psicoanálisis: lenguaje e interacción». Amorrortu.

----- «El lenguaje destruido y la reconstrucción psicoanalítica». Amorrortu.

MALDAVSKY, D., Teoría de las representaciones». N. Visión.

MERANI, «Estructura de la personalidad». Grijalbo.

PIAGET, J., «Equilibración de las estructuras cognitivas». Siglo XXI.

PALMIER, J. M., «J. Lacan. Lo simbólico y lo imaginario». Proteo.

SCHNEIDER, M., «Neurosis y lucha de clases». Siglo XXI.

VARIOS, «Marxismo, psicoanálisis y sexpol». 2 ts. Granica.

----- «Claves del estructuralismo». Troquel.

----- «Dialéctica y estructuralismo». Orbellus.

WATZLAWICK, ?, y otros, «Teoría de la comunicación humana». Tiempo Contemporáneo.

----- «Cambio». Herder.

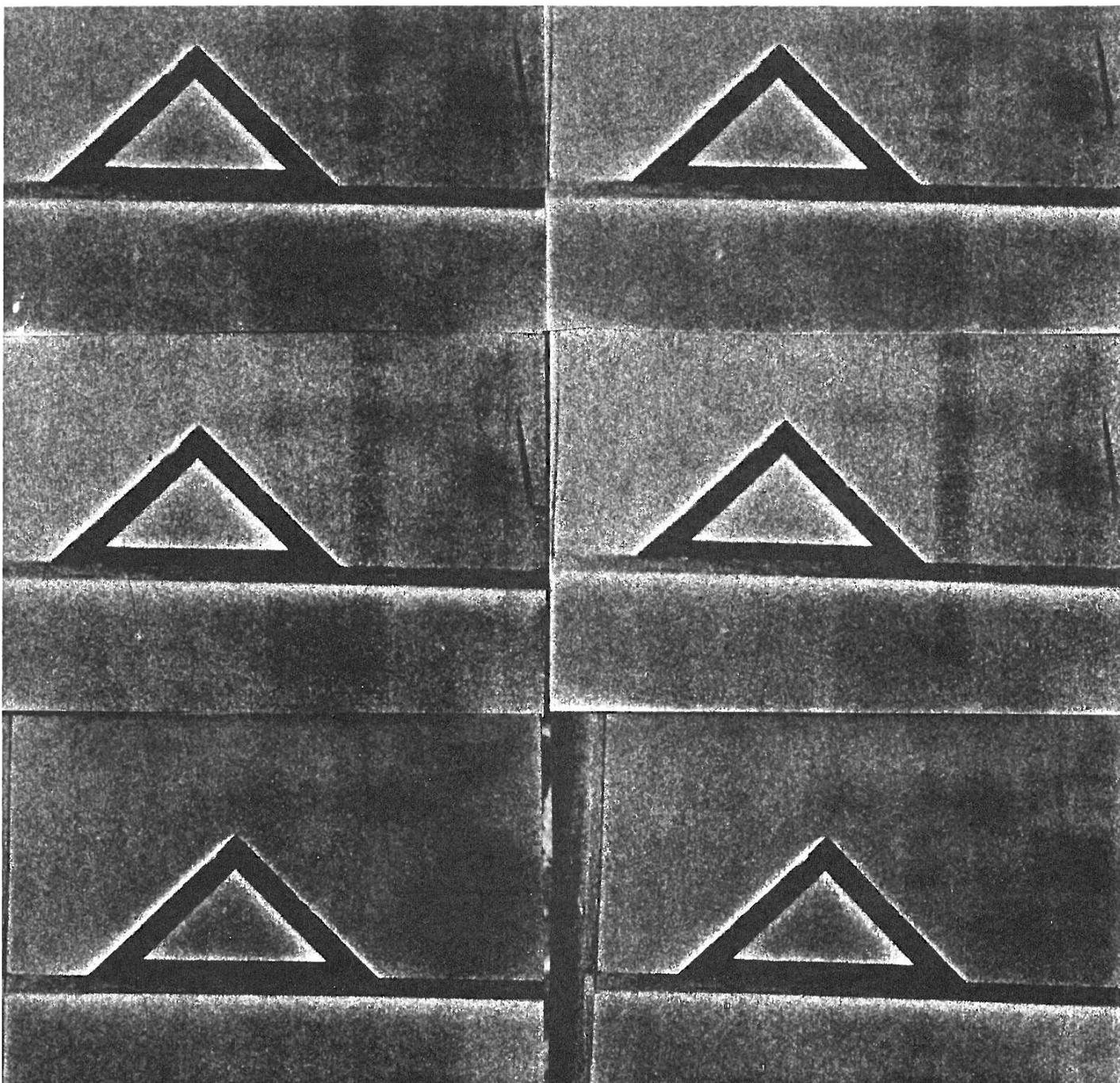
ZAZZO, y otros, «La conducta». Proteo.

Pueden consultarse, además, los textos del autor de este folleto, J. L. de la Mata sobre Comunicación», Universidad Complutense 1980.

«El simbolismo», Universidad Complutense 1980.



Sala de Cultura de la
Caja de Ahorros de Navarra
Mártires de la Patria, 39. PAMPLONA



Días 28, 29 y 30 Abril - 8 tarde



Sala de Cultura de la
Caja de Ahorros de Navarra
Mártires de la Patria, 39 PAMPLONA